

SECH

AÑO II DICIEMBRE DE 1937 N.º 6

Número dedicado a la Revolución Rusa
1917 - 1937

Colaboraciones originales de:

Luis Franco.

Enrique Espinoza.

Luis Alberto Sánchez

Páginas conmemorativas de:

LENIN Y TROTSKY

y otras de:

Anatolio Lunacharsky.

André Malraux.

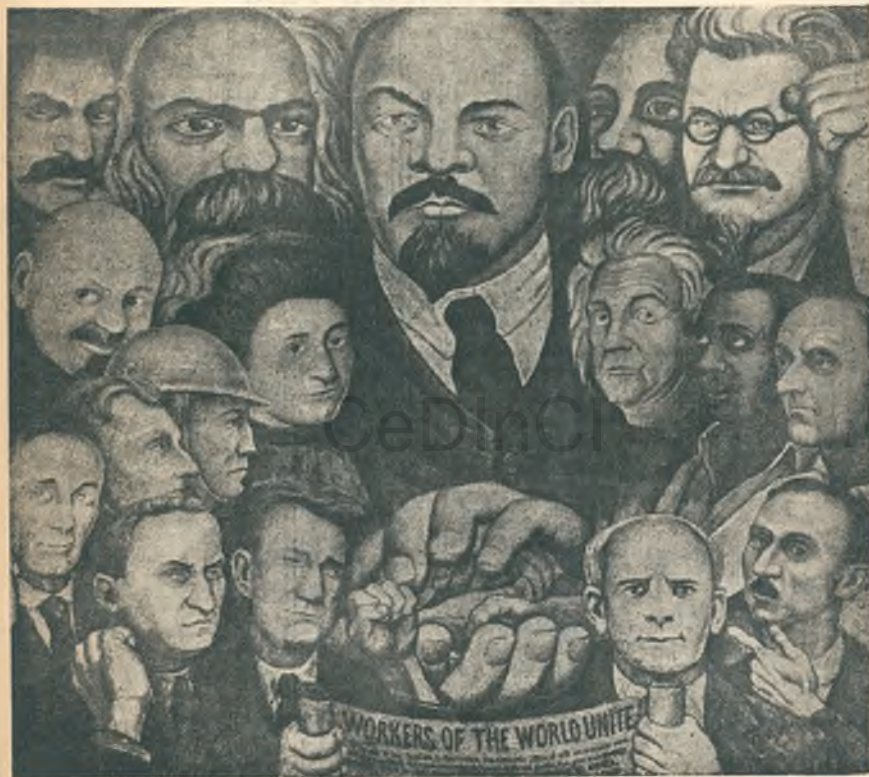
José Carlos Mariátegui.

Marcel Martinet.

Andrés Nin.

REVISTA DE LA
SOCIEDAD DE ES-
CRITORES DE CHILE

CeDInCI



UNIDAD PROLETARIA

Fresco de Diego Rivera, en la New worker's school de New York.

La revolución rusa

Al dedicar este número a la revolución rusa, que acaba de cumplir su vigésimo aniversario, la dirección de esta revista sólo ha querido rendir un homenaje a un acontecimiento que, según las palabras de John Reed, conmovió al mundo.

De este acontecimiento han surgido, en el correr de estos veinte años, muchedumbres de pensamientos y de sentimientos, apasionados y apasionantes todos, en pro y en contra.

Por nuestra parte, sólo hemos querido dar una impresión intelectual, de conjunto, de ese acontecimiento, y de los principales hombres — Lenin y Trotsky — que en él actuaron.

La revolución mundial en Rusia (1917-1937)

POR

Luis Franco

Desde mediados del siglo pasado, el pensamiento verdaderamente moderno, por órgano de Marx, Engels y sus epígonos, comenzó a enfilarse sus grandes noticias: 1.º Que la economía es la raíz de todo lo social. 2.º Que el proceso dialéctico (lucha de los contrarios y superación de la contradicción que actúa en toda cosa) que preside el desarrollo de la Naturaleza, obra también en la historia y se llama lucha de clases: entre poseyentes o explotadores y desposeídos o explotados, llámense éstos *esclavos*, *plebeyos*, *siervos*, *colonos* u *obreros*. 3.º Que los primeros son los hacedores y dueños del Estado, la ley, la policía, órganos de opresión que terminarán con ella. 4.º Que desde Platón y los primeros padres de la Iglesia, por lo menos, el pensamiento independiente vió en la propiedad privada la causa prima del fracaso material y espiritual de la sociedad. 5.º Que el sistema de explotación contemporáneo, llamado capitalismo, creado por la burguesía, tiene estos caracteres: *a)* el capital es sólo el exceso de trabajo del obrero; *b)* el obrero, que no tiene más libertad que la de morir de hambre, está obligado a alquilar sus brazos; *c)* entre el capital y el trabajo no hay conciliación posible; *d)* al suscitar grandes agrupaciones obreras que inevitablemente adquieren espíritu de clase y al aumentar diariamente, con el progreso técnico, el ejército de desocupados, el sistema capitalista conspira contra sí mismo; *e)* en la implacable lucha de distintos grupos capitalistas por la conquista de materias primas y mercados, los más fuertes absorben a los más débiles, y esta continua y gigantesca concentración del capital, que acarrea la proletarización creciente de la sociedad, lo convierte en patrón y socio de los gobiernos y en pulpo de los pueblos; *f)* junto con la formidable expansión de la producción hecha para el intercambio, el capitalismo, de rebote, restringe inevitablemente la capacidad de consumo de las masas: a la fabulosa balumba de productos sin venta responden la desocupación y el hambre de millones de hombres arrojados así a un nivel inferior al del esclavo antiguo, y la guerra imperialista misma no es sino un aspecto de esta catástrofe llamada crisis.

Marx había demostrado que con ello, terminado su camino ascendente, la burguesía se volvía reaccionaria, pretendiendo paralizar y aun hacer retrogradar el proceso histórico. Y también que frente a ella, el proletariado, clase históricamente intacta, pues aun no había

jugado el papel de protagonista, se aprestaba a hacerlo, con la indeclinable misión de expropiar a los expropiadores, esto es de abolir las clases para abolir la explotación humana.

El fracaso del régimen económico de la burguesía y de la civilización regida por él no significa un error o una maldad de los capitalistas, sino que es sólo una consecuencia de la mecánica contradictoria de su régimen, *consecuencia enteramente inevitable a menos de destruir ese régimen*. Esta es la tarea asignada al proletariado como clase y sólo a él. ¿Por qué camino puede cumplirla? Únicamente por uno: por la conquista del poder político, esto es, por la revolución social, pues, amenazada de muerte, la clase opresora defenderá sus monstruosos privilegios por métodos más monstruosos todavía.

Cuando el conflicto de 1914 se produjo pudo anticiparse dos cosas: 1.º Que habiendo el capital financiero abolido prácticamente las fronteras, convirtiendo por primera vez al mundo en una unidad, un conflicto armado entre dos o tres grandes potencias se trocaría inevitablemente en una conflagración mundial. (No olvidemos que Asia y África estuvieron presentes en las trincheras de Europa y que el Japón actuó y medró a la sombra de esa guerra). 2.º Que habiendo los partidos obreros de Europa encontrado el medio de hacer guiso de lentejas sin lentejas, digo predicando y practicando un socialismo sin contenido revolucionario, esos partidos colaborarían íntimamente con sus respectivas burguesías. Así fué en efecto.

Los contrastes militares frente a Alemania hicieron tambalear y derrumbarse al fin la averiada fábrica del zarismo, y Rusia vino a quedar en manos de los demócratas liberales; pero la transformación económica y psicológica creada por la guerra conspiraba contra ellos. Habían llegado demasiado tarde, y su triste técnica reformista tenía que fracasar ante el vertiginoso problema cuya solución esperaban cien millones de hombres: una agricultura feudal llegada intacta al siglo XX, y, ante las posiciones de una vanguardia proletaria que había tomado históricamente la delantera. Esto es, que tenía suficiente conciencia para advertir que su enemigo más avieso no eran los zaristas sino la burguesía liberal y todas las variedades del socialismo reformista; que sin el traspaso de todo el poder al proletariado no podía ni soñarse en la abolición de la propiedad privada y sus privilegios, o sea, en la explotación de una clase por otra; que el comienzo de tamaña transformación asumiría fatalmente la forma de una férrea dictadura proletaria, única posibilidad de batir a la clase tronada, dispuesta a sobrevivirse a todo trance. Todo este programa cumplido por los bolcheviques en los años del comunismo de guerra—1917-1920—estaba enteramente conforme con la genial palabra de Marx.

Al comienzo de la revolución bolchevique y final de la gran guerra pudo esperarse que una cadena de revoluciones socialistas transfiguraría la faz de Europa y del mundo. Buena parte de las coronas regias fueron tiradas a la basura. Los partidos socialistas de Alemania, Italia, Austria, Inglaterra, Francia, parecían lo suficientemente fuertes para justificar esa esperanza... La verdad era bien otra: intrínsecamente esos partidos eran débiles; el largo contacto con burguesías

más poderosas y comprensivas que la de Rusia los había contagiado de ideología liberal, castrándoles toda visión y voluntad revolucionarias. Tratábase, en efecto, de reformistas convictos y confesos, y por ende de colaboradores ufanos del capitalismo: sin violencias y aun sin disonancia alguna, idílicamente, el régimen capitalista se transformaría en sociedad socialista. Las elecciones, y los discursos lo podían todo; así se abolía la misma guerra... ¿Qué de mejor podía esperar el *ethos* burgués, que sabe conciliar tan adorablemente la filantropía y el caviar, la patria y los dividendos...? En verdad, la burguesía comprendió que ese tipo de socialismo, ese aventajado aprendiz de sonzo, resultaba de hecho tan servicial como las escupideras. Contra la invulnerable confianza de los Scheidemann, los Bauer, los Mac Donald, no valía ni siquiera el hecho de que los maestros a quienes invocaban habían enseñado todo lo contrario. ¿Qué extraño, pues, que ese socialismo ayuda de cámara de la burguesía de entre casa, pese a su decorativa II Internacional,—no pudiera conquistar el poder, como en Italia o Austria, o aun conquistado, de nada le sirviera, como en Alemania o Inglaterra?

Pero, ¿cómo es que Rusia pudo ser la excepción de esta calamidad continental? Precisamente, en buena parte, por el atraso y contra-sentido de la economía rusa y por la ineptia y corrupción de su burguesía. «La cadena se ha roto por el eslabón más débil», dijo Lenin, explicando ese primer acto de la revolución mundial celebrado en la estepa. Fuera de esto Rusia ofrecía su condición de última venida a la más o menos periclitada civilización bursátil de Europa. Junto a gentes de escéptica elegancia, para quienes la solución de los más fervientes problemas ha cristalizado en fórmulas correctas y frías, el ruso es un primigenio que lleva no poco del ímpetu y la inconciencia del bárbaro, y el mundo recomienza en él. Es la tragedia dostoiyeuskiana no del hombre de esta calle o de aquel círculo sino del hombre desnudo y de siempre para quien la vida es promesa. «Nosotros seremos los primeros en decir al mundo que no queremos prosperar sobre la opresión de la personalidad ni sobre el avasallamiento de las nacionalidades». (Dostoyewsky) ¿No es este el primer saludo a la revolución de Octubre?

El proletariado de San Petesburgo y Moscú era el más profundo y el más alerta de Europa. ¿Qué mucho, pues, que haya sido el primero en reconocer a Marx? ¿Qué mucho que haya logrado engendrar en su seno con Lenin y Trotsky, un tipo inusitado de caudillo, con su insobornable ecuación de acción y pensamiento y totalmente emancipado de prejuicios seculares y cotidianos: dos hombres contemporáneos de lo venidero, a fuerza de ser de hoy y no de ayer: dos libertadores de verdad?

Con la revolución rusa pasó lo que con la francesa: la «santa» alianza de todos los gobiernos de Europa quiso evitar el horrendo contagio, ahogando los gérmenes en su fuente, y en unión fraternal con zaristas y japoneses invadió... ¿Qué salvó a los bolcheviques? Dos cosas: 1.º las potencias, ocupadas en la gran guerra no podían actuar con toda eficacia; 2.º con el llamado «comunismo de guerra», la revolución de Octubre había armado interiormente y exteriormente al proletariado ruso.

Pero la revolución social fracasa en el resto de Europa y entonces se produce en Rusia lo que el más sagaz y ecuánime historiador de la revolución roja llama «el gran recodo de 1921»: para adecuarse a la situación creada afuera y adentro por ese fracaso, los bolcheviques retroceden del *comunismo de guerra* al *capitalismo de Estado*. ¿Hasta dónde es una fatalidad y hasta dónde un error? La historia podrá decirlo, más lo cierto es que las cosas comienzan a cambiar al punto que el insigne marxista holandés, Gorter, puede formular, quizá con exageración pero no con falsía, un cargo formidable: «La tendencia que pretendía tomar en serio la revolución mundial, es decir, en primer término, los partidos revolucionarios de Alemania, Inglaterra y la Europa occidental han sido excluidos de la Internacional rusa. Y los partidos comunistas de Europa y otras partes del mundo que continúan adhiriéndose a la Internacional rusa, no son más que instrumentos destinados a ayudar a la revolución rusa y a la República de los Soviets a sostenerse... La revolución mundial está así condenado, por un largo período, a malograrse...» La muerte de Lenin se produce y a poco trecho el poder pasa de la democracia dictatorial de los soviets a la dictadura burocrática de Stalin, y la U.R.S.S., el país hacia el cual convergen las miradas del proletariado del mundo, comienza a ofrecer un dualismo trágico, cada vez más trágico e inocultable pese a la grandiosa propaganda: mientras la tercera Internacional sigue hablando un lenguaje marxista para el proletariado internacional y obliga a creer que en la U.R.S.S. está en plena construcción y avanza la sociedad socialista, el gobierno soviético se ve cada vez más atado por los insalvables compromisos de su capitalismo estadual, y llevado, quiera que no, al terreno del reformismo contra-revolucionario: táctica de la unidad de frente, táctica de la unidad sindical, táctica del frente popular, etc., hasta culminar lúgubramente en la decapitación del mismo partido bolchevique y del mismo ejército rojo!

¿Decepción? Mal venida sería. Estoqueada por sus mortales contradicciones internas, la sociedad capitalista, aquí con pulso exangüe— democracia burguesa—, allá con cuarenta grados de fiebre— fascismo—, sólo atina a defender sus inhumanos privilegios con métodos suicidas, y marcha, pendiente abajo, a la guerra imperialista. Frente a ella, el proletariado mundial presente, cada vez con mayor claridad, que la historia no retrocede, que la pan-revolución está detrás de la pan-guerra, que las fuerzas del Trabajo, ayudadas por la vanguardia de la *Intelligentsia* ajustarán finalmente cuentas al patibulario amo común.

(Los zoólogos conocen al diodón, «pececillo blanduzco e insignificante» que tragado por el tiburón, se abre paso a través de las vísceras y costados del monstruo). *Entonces y sólo entonces la propiedad no expropiará al hombre, ni éste podrá ser explotado por su semejante, pues habrá reencontrado la unidad de su ser individual y de su ser social. El hombre comprenderá que su descarrío mortal estaba en poner la humanidad que hay en su persona al servicio del poderío económico y no al revés, y que su grandeza real está en la realización de todas sus posibilidades internas y externas, en la integración de todos sus valores en discordia.*

La revolución rusa

POR

Luis Alberto Sánchez

Para mucha gente — y gente que se llama «de pensamiento» — no se puede hablar de la revolución rusa sin formular un acto de adhesión o de repudio. Esa gente cuando habla del tifus y del carroussel debiera, para ser lógica, pedir también al observador: «pronúnciese en favor o en contra del tifus y del carroussel.»

La revolución rusa como «hecho histórico» está por encima de la adhesión y del repudio. Cada cual puede juzgarla como guste, pero lo que nadie puede discutir es que «fué».

Sin la revolución rusa, la guerra del 14 habría tenido otro desenlace: eso en el aspecto internacional. Ella sirvió de acicate para guiar las consecuencias sociales de la conflagración. Lo grave es que la revolución rusa suele ser identificada con la III Internacional, organismo político cuyos errores se cargan en la cuenta de Rusia.

Hay gente que enfoca sobre Rusia la luz de su vehemencia con cómico empirismo. Gentes de «izquierda» y de derecha; los derechistas «acusar» a Rusia de no haber podido realizar hasta hoy la revolución socialista que preconizaron. Hay gente de izquierda, demagogos, que le hacen igual cargo. La verdad es que los procesos históricos son n poco más lentos y complicados que las conversaciones de esquina y que la redacción de libros o artículos. Pensar sin responsabilidad tiene el encanto inigualable de permitir disparates, dítirambos, frenesíes y dogmas. La política está por encima de todo dogmatismo.

Evidentemente gran parte de la responsabilidad de esa desorientación corresponde a la III Internacional. La pretensión, primero de «congelar» el marxismo, como dice Haya de la Torre, en dogmas incommovibles asumiendo así una posición antidialéctica; y la decisión en seguida de sumarse a la democracia, halagando lo que ayer se atacara, simplemente por una orden soberana, — no presta garantía de fe en la medida rápida y profunda que los secuaces imaginan. Y para Indoamérica, en forma particular, la aceptación de nuestra realidad como hecho con fisonomía propia es primor-

dial, no por jactancia de indianos sino por imperativo de la realidad cien veces negada, en nombre del realismo, por los capitanes de la III Internacional.

Pero, quede esto en la cuenta del organismo político, no de Rusia, ni de su pueblo ni de su revolución. La revolución rusa supera a sus dirigentes de hoy. Ella constituye el experimento más vasto de este siglo; la comprobación más cabal del marxismo, de su desenvolvimiento dialéctico, sin salto de etapas ni verbalismos milagrosos. Puede un Gide confundir sus expectativas personales con las posibilidades objetivas; sus pasiones y preferencias subjetivas con la capacidad de realización histórica de un pueblo: la opinión de Gide como la de cualquier hombre, por profético que sea, sólo tiene importancia en la medida que esté de acuerdo con los hechos. De otro modo, carece de trascendencia histórica, aunque la tenga periodística. La palabra hasta hoy no ha creado realidades si no las interpreta antes. Y apesar de todo, cada revolución, la rusa lo es, constituye un paso más de la humanidad hacia su liberación.

CeDInCI

Lenin y Trotsky

POR

Enrique Espinoza

Desde las vísperas de la Revolución de Octubre, hace veinte años, el nombre de Trotsky se halla unido históricamente al de Lenin, en forma irrevocable y definitiva.

El testimonio inicial de John Reed en su libro ya clásico sobre los *Diez días que conmovieron al mundo*, nos muestra la génesis de esta unión en el reflejo fiel de los acontecimientos extraordinarios que la produjeron.

¿Quién no recuerda algunas de las muchas veces que el gran periodista americano asocia los nombres de Lenin y Trotsky en el curso de sus famosas crónicas?

Lo hace de entrada, casi, al ocuparse de la sesión decisiva del Comité central bolchevique.

«Entre los intelectuales, dice, únicamente Lenin y

Trotsky defendían la insurrección, seguros de poder mantenerse en el gobierno.»

Luego nos ofrece una prueba indirecta, mediante la cola del último discurso que le escucha a Kerensky: cola, por cierto, llena de veneno retórico para estos dos nombres, precisamente.

Y tras de insistir acerca de la lucha titánica que llevan a cabo Lenin y Trotsky, John Reed deja constancia de otra prueba más directa.

Se trata esta vez de un documento oficial, bolchevique que los declara «indispensables», cuando los conciliadores y reformistas exigen su exclusión.

Por su parte, al mismo John Reed se le ocurren también estos dos nombres y no otros, para simbolizar el triunfo de la insurrección en las páginas finales de su libro inolvidable:

«Lenin y Trotsky siguen en el gobierno y el Comité militar revolucionario continúa en sus funciones.»

El testimonio de John Reed es el primero y más difundido; pero no el único. Muchos escritores de distintos idiomas, juntan por aquella época, en favor o en contra, esos dos nombres representativos de la nueva Rusia.

Los poetas soviéticos los acoplan en sus canciones circunstanciales, rimando acertadamente el Kremlin y el Smolny con Lenin y Trotsky.

Una abundante iconografía, sin mayor trascendencia artística al principio, populariza sus imágenes a través del cine y de las revistas ilustradas.

Un anecdotario, igualmente pintoresco, los rodea de voces obreras y campesinas que no tardan en alcanzar expresión literaria bajo la pluma del joven cuentista de «La Caballería Roja».

En la práctica de la dictadura del proletariado, antidoto inevitable impuesto por la resistencia armada de la burguesía internacional y que expresa la barbarie del pasado antes que la cultura del porvenir—los nombres de Lenin y Trotsky se hacen pronto para los revolucionarios del mundo entero tan inseparables como los de Marx y Engels en la teoría.

Terminada la guerra civil, Lunacharsky, entonces comi-

sario de educación pública, los destaca en una serie de *Siluetas Revolucionarias*:

«Los más indicados entre todos para su tareas, son los dos más fuertes de los fuertes; Lenin y Trotsky.»

¿Vale la pena después de este juicio terminante, hacerse eco de sus diferencias episódicas, anteriores a la Revolución de Octubre?

Estas diferencias han provocado, sin embargo, desde hace una década, toda una leyenda, fuera y dentro de la Unión Soviética.

Máximo Gorki, en cierta conversación con Lenin sobre Trotsky alcanza a registrar los siguientes términos del primero;

«Ya sé que corren por ahí muchas mentiras acerca de mis relaciones con él. Se miente mucho y por lo visto con ganas, tratándose de Trotsky y de mí.»

El sentido de estas palabras es intergiversable, pues según Gorki, Lenin había dicho en esta misma conversación, refiriéndose a Trotsky;

«Y bien, cíteme el hombre que sea capaz de levantar en el plazo de un año, un ejército casi modelo y que, además, haya conseguido conquistarse el respeto de los especialistas militares!»

Pero a la muerte de Lenin y a la caída de Trotsky, los biógrafos oficiales no han encontrado sistema más fácil que el socorrido de exaltar a uno para rebajar al otro.

Con todo, aun así, estos Plutarcos de última data, no dejan de confirmar a su manera, la imposibilidad histórica de separarlos.

Desde el punto de vista más profundo, puede decirse, que el mismo Trotsky acaba de impedirlo para siempre con la re-creación de una magistral «Vida de Lenin» cuyo primer volumen se ha publicado por ahora solamente en francés. (1)

Este primer volumen comprende la infancia y juventud de Vladimiro Ilytch Ulianov. Desde su nacimiento en la remota ciudad de Simbirsk, sobre el Volga, hasta su insegura instalación en Petersburgo. Es decir, desde 1870 hasta 1893. Justamente, los años en que el futuro Trotsky,

(1) *Vie de Lenine* por León Trotsky. *Jeunesse. Traduction de Maurice Parjanne. Revue et approuvée par l'auteur. Les Editions Rieder. Paris MCMXXXVI.

nacido en 1879, no sabe nada por sí mismo del futuro Lenin.

Tal inexperiencia personal, confiere a dicho volumen, no sólo dentro de esta obra—que comprenderá otros dos volúmenes—sino dentro de toda la obra de Trotsky, un carácter excepcional y único.

En efecto, hasta aquí el formidable escritor revolucionario nos había dado en sus grandes libros,—desde el asombroso «1905» hasta el profético «¿Y ahora?»—al mismo tiempo que una exacta interpretación del movimiento socialista internacional, una suerte de memorias heroicas, en su calidad de jefe que ha estado siempre en los primeros puestos de combate. Y aunque, en toda ocasión ha sabido hablar de Trotsky, como de otro, en tercera persona, no hay duda que el conocimiento íntimo de los hechos desarrollados a su vista y muchas veces bajo su propia dirección, le concedían una ventaja vital...

Sólo en el caso de la juventud de Lenin, no pudo ejercer esta superioridad, pues apenas si tuvo como conseguirse en el destierro los elementos a disposición de cualquier ciudadano de Moscú. Pero su talento creador ha vencido todas las dificultades. De ahí el mérito extraordinario de esta obra, una verdadera obra maestra, que por curiosa paradoja, se leerá abiertamente en todos los países libres, menos en el más libre de Lenin y Trotsky.

La Revolución de Octubre

POR

Nicolás Lenín

I

En qué sentido se puede hablar de la significación internacional de la revolución rusa

En los primeros meses que siguieron a la conquista del poder político por el proletariado en Rusia (25-X—7-XI-1917), podía parecer que, a consecuencia de las enormes diferencias existentes entre la Rusia atrasada y los países avanzados, la revolución en estos últimos se parecería muy poco a la nuestra. En la actualidad contamos ya con una experiencia internacional más que regular, que demuestra de un modo bien claro que algunos de los rasgos fundamentales de nuestra revolución tienen una significación no nacional, particular, no solamente rusa, sino internacional. Y hablo de la significación internacional, no en el sentido amplio de la palabra: no son sólo algunos, sino todos los rasgos fundamentales, y muchos secundarios, de nuestra revolución, los que tienen una significación internacional, desde el punto de vista de la influencia de dicha revolución sobre todos los países. No, en el sentido más estrecho de la palabra, es decir, entendiendo por significación internacional, la inevitabilidad histórica de la repetición en escala internacional de lo que ocurrió en nuestro país, y esta significación debe ser reconocida en algunos de los rasgos fundamentales de nuestra revolución.

Naturalmente, sería un tremendo error exagerar esta verdad más allá de los rasgos fundamentales de nuestra revolución. Asimismo, sería un error perder de vista que después de la victoria de la revolución proletaria aunque no sea más que en uno de los países avanzados, se producirá seguramente una modificación radical, en el sentido de que Rusia será, no un país modelo, sino de nuevo un país atrasado (en el sentido soviético y socialista).

Pero en el momento histórico actual, el modelo ruso muestra a todos los países algo substancial de su futuro inevitable y próximo. Los obreros avanzados de todos los países, hace ya tiempo que lo han comprendido y, más que comprenderlo, lo han sentido con su instinto revolucionario de clase. De aquí la importancia internacional (en el sentido estrecho de la palabra) del régimen soviético, así como de las bases de la teoría y de la táctica bolchevista. Esto no lo han comprendido los jefes «revolucionarios» de la II Internacional como Kautsky en Alemania, Otto Bauer y Federico Adler en Austria, que por no comprenderlo, se han convertido en reaccionarios defensores del peor de los oportunismos y del socialismo de traición. Digamos de paso, que el folleto anónimo «Weltrevolution» (La Revolución Mundial) aparecido en 1919 en Viena («Socialistische Bucherei», Heft XI: Ignaz Brand) muestra con una elocuencia particular toda la contextura ideológica, la pedantería, la vulgaridad y la traición de los intereses de la clase obrera, presentadas, además, como una «defensa» de la idea de la «revolución mundial».

Pero no nos detendremos en detalle en este folleto en otra ocasión. Consignemos aquí únicamente lo siguiente: En los tiempos, ya bien lejanos, en

— 13 —

que Kautsky era todavía un marxista y no un renegado, al examinar la cuestión como historiador, preveía la posibilidad de una situación como consecuencia de la cual, el revolucionarismo del proletariado ruso se convertiría en un modelo para la Europa occidental. Esto era en 1902, cuando Kautsky escribía en la «Iskra» (La Chispa) revolucionaria, el artículo «Los Eslavos y la Revolución», en el cual, entre otras cosas, decía:

«En la actualidad (al contrario que en 1848), se puede creer que los eslavos no sólo se han incorporado a las filas de los pueblos revolucionarios, sino que el centro de gravedad del pensamiento y de la obra revolucionaria se transfiere cada día más hacia los eslavos. El centro revolucionario pasa del Occidente al Oriente. En la primera mitad del siglo XIX se hallaba en Francia, en algunos momentos en Inglaterra. En 1848 Alemania entró en las filas de las naciones revolucionarias... El nuevo siglo empieza con acontecimientos que sugieren la idea de que nos hallamos en presencia de un nuevo desplazamiento del centro revolucionario, más precisamente, su traslado a Rusia... Rusia que se ha asimilado tanta iniciativa revolucionaria de Occidente, es posible que en la actualidad se halle presta a servir de fuente de energía revolucionaria para este último. El movimiento revolucionario ruso, cada día más acentuado, resultará acaso el medio más poderoso para sacudir ese espíritu de filisteísmo mezquino y de politiquería que empieza a difundirse en nuestras filas y hará surgir de nuevo la llama viva del anhelo de lucha y de la adhesión apasionada a nuestros grandes ideales. Rusia hace ya tiempo que ha dejado de ser para la Europa Occidental, un simple reducto de la reacción y del absolutismo. En la actualidad, se puede acaso decir que es todo lo contrario. La Europa occidental se convierte en el reducto de la reacción y del absolutismo rusos... Los revolucionarios rusos es posible que se hubieran librado hace ya tiempo del Zar, si no tuvieran que luchar al mismo tiempo contra el aliado de este último, el capital europeo. Esperemos que esta vez conseguirán librarse de ambos enemigos y que la nueva «Santa Alianza» se derrumbará más pronto aún que sus predecesoras. Sea cual fuere el resultado de la lucha actual en Rusia, la sangre de los mártires que engendra copiosamente no será vana, sino que fertilizará el terreno para la revolución social en todo el mundo civilizado e impulsará su florecimiento rápido y fecundo. En 1843 los eslavos eran la helada que mataba las flores de la primavera popular. Es posible que ahora estén llamados a ser la tormenta que romperá el hielo de la reacción y que traerá irresistible consigo, una nueva y feliz primavera para los pueblos». (K. Kautsky. «Los Eslavos y la Revolución». La «Iskra», número 18 1º de Marzo de 1902).

¡No escribía del todo mal Karl Kautsky hace 18 años!

II

Uno de los motivos fundamentales del éxito de los bolcheviques

Seguramente, ahora casi todo el mundo ve que los bolcheviques no se hubieran mantenido en el poder, no dos años y medio, sino ni siquiera dos meses y medio, sin la disciplina severísima, verdaderamente férrea, de nuestros Partido, y sin el apoyo completo e incondicional de toda la clase

obrero, esto es, de todo lo que ella tiene de consecuente, de honrado, de abnegado, de influyente y capaz de arrastrar tras de sí a los demás sectores.

La dictadura del proletariado es la guerra más feroz, más aguda, más implacable de una nueva clase contra un enemigo más potente, contra la burguesía, cuya resistencia se halla decuplicada por su derrumbamiento (aun que no sea más que en un solo país) y cuya potencia consiste, no sólo en la fuerza del capital internacional, en la fuerza y resistencia de las relaciones internacionales de la burguesía, sino en la fuerza de la costumbre, en la fuerza de la pequeña producción. Pues, por desgracia, ha quedado todavía en el mundo mucha pequeña producción y ésta engendra al capitalismo y a la burguesía constantemente, cada día, cada hora, por un proceso universal y espontáneo. Por todos estos motivos, la dictadura del proletariado es necesaria, y la victoria sobre la burguesía es imposible sin una lucha prolongada, tenaz, desesperada, a muerte, una lucha que exige disciplina, firmeza, inflexibilidad y una voluntad inquebrantable y única.

Lo repito, la experiencia de la dictadura del proletariado triunfante en Rusia, ha mostrado de un modo palpable al que no sabe pensar o al que no ha tenido la ocasión de reflexionar sobre esta cuestión, que la centralización y la disciplina más severas del proletariado, constituyen una de las condiciones fundamentales de la victoria sobre la burguesía.

De esto se habla a menudo. Pero no se reflexiona suficientemente sobre lo que esto significa, en qué condiciones es posible. ¿No convendría que las salutations entusiastas al régimen de los soviets y a los bolcheviques, se vieran acompañadas con más frecuencia de un análisis serio de las causas que han permitido a los bolcheviques forjar la disciplina necesaria para el proletariado revolucionario?

El bolchevismo existe como corriente del pensamiento político y como Partido, desde 1903. Sólo la historia completa del bolchevismo, puede explicar de un modo satisfactorio por qué aquél pudo forjar y mantener en las condiciones más difíciles, la disciplina férrea necesaria para la victoria del proletariado.

La primera pregunta que surge es la siguiente: ¿en qué se apoya la disciplina del Partido revolucionario del proletariado? ¿Cómo se somete a prueba? ¿Cómo se refuerza? En primer lugar, se apoya en la conciencia de la vanguardia proletaria y en su adhesión abnegada a la revolución, su firmeza, su espíritu de sacrificio, su heroísmo. En segundo lugar, en la habilidad para ponerse en contacto con las grandes masas trabajadoras, principalmente con la masa proletaria y también con la no proletaria, para aproximarse, para fundirse, por decirlo así, con ellas. En tercer lugar, en el acierto de la dirección política realizada por dicha vanguardia, de su estrategia y de su táctica políticas, a condición de que las masas mismas se persuadan por propia experiencia de dicho acierto. Sin estas condiciones, la disciplina en un Partido revolucionario realmente capaz de ser el partido de la clase avanzada y destinado a derribar a la burguesía y a transformar toda la sociedad, no es realizable. Sin estas condiciones, las tentativas para crear una disciplina, se convierten inevitablemente en una frase vacía. Pero estas condiciones, de otra parte, no pueden surgir de golpe y porrazo, son únicamente el resultado de un trabajo prolongado, de una dura expe-

riencia y su elaboración se ve facilitada si se tiene una teoría revolucionaria justa, que no es un dogma, sino que se forma definitivamente en estrecho contacto con la práctica de un movimiento efectivamente de masa y realmente revolucionario.

Si el bolchevismo pudo elaborar y llevar a la práctica en los años 1917-1920, en condiciones de una gravedad inaudita, la centralización más severa y una disciplina férrea, se debe sencillamente a una serie de particularidades históricas de Rusia. De una parte, el bolchevismo surgió en 1903, sobre la sólida base de la teoría del marxismo. Y que esta teoría revolucionaria es justa—y que es la única justa—ha sido demostrado, no sólo por la experiencia internacional de todo el siglo XIX, sino también por las particularidades de la experiencia de las desviaciones, los titubeos, los errores y las defecciones del pensamiento revolucionario en Rusia. En el transcurso de casi medio siglo, aproximadamente de 1840 a 1890, el pensamiento avanzado en Rusia, bajo el yugo de un despotismo zarista salvaje y reaccionario, buscaba ávidamente una teoría revolucionaria justa, siguiendo con un celo y una atención admirables, cada «última palabra» de Europa y América en este terreno. Rusia puso a prueba la única teoría revolucionaria justa, el marxismo, en medio siglo de torturas y de sacrificios inauditos, de heroísmo revolucionario nunca visto, de energía increíble y de investigación abnegada, de estudio, de comprobación en la práctica, de desengaños, de comparación con la experiencia de Europa. Gracias a la emigración provocada por el zarismo, la Rusia revolucionaria de la segunda mitad del siglo XIX contaba con una riqueza de relaciones internacionales, con un conocimiento excelente de todas las formas y teorías del movimiento revolucionario, como no se podía hallar ejemplo análogo en ningún otro país del mundo.

De otra parte, el bolchevismo, surgido sobre esta base teórica de granito, tuvo una historia práctica de quince años (1903-1907), que, por la riqueza de la experiencia que representa, no puede ser comparada a ninguna otra en el mundo. Pues ningún país, en el transcurso de esos quince años, pasó ni aproximadamente por una experiencia revolucionaria tan rica, por una rapidez y una variedad tales de la sucesión de las distintas formas del movimiento, legal e ilegal, pacífico y tormentoso, clandestino y abierto, de propaganda estricta en los círculos y de masa, parlamentario y terrorista. En ningún país estuvo concentrado en un período de tiempo tan breve, una tal riqueza de formas, de matices, de métodos de lucha de todas las clases de la sociedad contemporánea, lucha que, por otra parte, como consecuencia del atraso del país y del peso del yugo del zarismo, maduraba con una rapidez particular y se asimilaba ávida y eficazmente las «últimas palabras» correspondientes de la experiencia política americana y europea.

III

Principales etapas de la historia del bolchevismo

Años de preparación revolucionaria (1902-1905). Presagios de tormenta por todas partes, fermentación y preparación en todas las clases. En el extranjero, la prensa de la emigración plantea teóricamente todas las cuestiones esenciales de la revolución. Los representantes de las tres clases funda-

mentales, de las tres principales tendencias políticas, la burguesía liberal, la democrática-pequeñoburguesa (cubierta bajo la etiqueta «socialdemócrata» o «socialista revolucionaria») y la proletaria revolucionaria, se preparan mediante una lucha encarnizada de programas y de tácticas a una franca lucha de clases y dan una idea anticipada de ella. Todas las cuestiones por las cuales las masas tomaron las armas en 1905-1907 y en 1917-1920, pueden y deben encontrarse, en forma embrionaria, en la prensa de aquella época. Naturalmente, entre estas tres tendencias principales hay todas las fracciones intermedias, transitorias, híbridas, que se quiera. Más exactamente; en la lucha entre los órganos de la prensa, los partidos, las fracciones, los grupos, se cristalizan poco a poco las tendencias políticas que tienen realmente un carácter de clase: las clases se forjan un arma ideológico-política adecuada para los combates futuros.

Años de revolución (1905-1907). Todas las clases entran abiertamente en acción. Las concepciones sobre el programa o la táctica, son comprobadas por medio de la acción de masas. Lucha huelguística nunca vista en el mundo, por su amplitud y su carácter agudo. Transformación de la huelga económica en política y de la huelga política en insurrección. Comprobación práctica de las relaciones existentes entre el proletariado director y los campesinos dirigidos, vacilantes, dudosos. Nacimiento, en el desarrollo espontáneo de la lucha, de la forma de organización soviética. Los debates de aquel entonces sobre el papel de los soviets, son una anticipación de la gran lucha de 1917-1920. La sucesión de los métodos de lucha parlamentarios y no parlamentarios de la táctica de bolcote del parlamento y de participación en el mismo, de las formas legales e ilegales de lucha, las relaciones y enlaces entre sí, se distinguen por una asombrosa riqueza de contenido, cada mes de este período vale, desde el punto de vista del aprendizaje de los fundamentos de la ciencia política, para las masas y los jefes, para las clases y para los partidos, por un año de desenvolvimiento «pacífico» y «constitucional». Sin el «ensayo general» de 1905, la victoria de la revolución de Octubre en 1917 hubiera sido imposible.

Años de reacción (1907-1910). El zarismo ha triunfado. Han sido aplastados todos los partidos revolucionarios y de oposición. Desaliento, desmoralización, escisiones, dispersión, pornografía en vez de política. Pero al mismo tiempo, esta gran derrota da a la clase y a los partidos revolucionarios una lección sumamente saludable, una lección de dialéctica histórica, una lección de inteligencia, destreza y arte para conducir la lucha política. Los amigos se reconocen en la desgracia. Los ejércitos vencidos reciben una buena enseñanza.

El zarismo victorioso se ve obligado a destruir precipitadamente los residuos del régimen pre-burgués, del régimen patriarcal en Rusia, el desenvolvimiento burgués progresa rápidamente. Las viejas ilusiones sobre la posibilidad de ignorar la existencia de las clases, de evitar el capitalismo, caen hechas polvo. Entra en escena la lucha de clases de un modo absolutamente nuevo, con marcado relieve.

Los partidos revolucionarios se ven precisados a completar su instrucción. Han aprendido a atacar. Ahora deben comprender que esta ciencia tiene que estar completa por la de saber retirarse. Necesitan comprender —y la clase revolucionaria aprende a comprender por su propia y dolorosa

experiencia—que es imposible vencer, sin haber aprendido a atacar conforme a ciertas reglas y a retirarse conforme a ciertas reglas también. De todos los partidos revolucionarios y de oposición derrotados entonces, fueron los bolcheviques quienes retrocedieron con más orden, con menos quebranto de su «ejército», con una conservación mejor de su núcleo central, con las escisiones menos profundas e irreparables, con menos desmoralización, con más capacidad para reanudar la acción de un modo más prolongado regular y enérgico. Y si los bolcheviques obtuvieron este resultado, fué exclusivamente porque denunciaron y expulsaron sin piedad a los revolucionarios de palabra, obstinados en no comprender que hay que retroceder, que hay que saber retroceder, que es obligatorio aprender a actuar legalmente en los parlamentos más reaccionarios, en las organizaciones sindicales, cooperativas, en las mutualidades y otras semejantes, aún las más reaccionarias.

Años de renacimiento (1910-1914). Al principio, el renacimiento fué de una lentitud inverosímil; luego, después de los sucesos de Lena de 1912, un poco más rápida. Venciendo dificultades enormes, los bolcheviques eliminaron a los mencheviques, cuyo papel como agentes burgueses en el movimiento obrero, fué admirablemente comprendido por la burguesía después de 1905 y a los cuales por este motivo esta última sostenía de mil maneras contra los bolcheviques. Pero éstos no hubieran llegado nunca a semejante resultado, si no hubiesen aplicado la única táctica justa, combinando la actuación clandestina, con la utilización obligatoria de las «posibilidades legales». En la más reaccionaria de las Dumas, los bolcheviques conquistaron a toda la «curia» obrera.

Primera guerra imperialista mundial (1914-1918). El parlamentarismo legal, con un parlamento ultrarreaccionario, presta los más grandes servicios al partido del proletariado revolucionario, a los bolcheviques. Los diputados bolcheviques van a trabajos forzados. En la prensa de la emigración hallan su expresión todos los matices del social-imperialismo, del social-chauvinismo, del social-patriotismo, del internacionalismo consecuente e inconsecuente del pacifismo y de la negación revolucionaria de las ilusiones pacifistas. Las eminencias estúpidas y los vejatorios de la II Internacional, que fruncian el ceño con desdén y soberbia ante la abundancia de «fracciones» del socialismo ruso y la lucha encarnizada de éstas entre sí, fueron incapaces, en el momento en que la guerra suprimió en todos los países adelantados esa «legalidad» tan ensalzada, de organizar, aunque no fuera más que aproximadamente, una libertad (ilegal) de intercambio de ideas, y una libertad (ilegal) de elaboración de concepciones justas, semejantes a las que los revolucionarios rusos organizaron en Suiza y otros países. Ha sido precisamente por esto por lo que los social-patriotas y los kautskistas de todos los países han resultado los peores traidores del proletariado. Si el bolchevismo pudo triunfar en 1917-1920, una de las causas fundamentales de semejante victoria se debe a que desde finales de 1914 denunció sin piedad la villanía, la infamia, la abyección del social-patriotismo y del kautskismo (al cual corresponde el longuetismo en Francia, las ideas de los jefes del partido obrero independiente y de los fabianos en Inglaterra, de Turati en Italia) y a que las masas se han convencido cada día más, por experiencia propia, de que las concepciones de los bolcheviques eran justas.

Segunda revolución rusa (Febrero-Octubre de 1917). El grado de decrepitud inverosímil del zarismo, con ayuda de los reveses y sufrimientos de una guerra infinitamente penosa,⁶ suscitaron contra él una fuerza extraordinaria de destrucción. En pocos días Rusia se vió convertida en una república democrática burguesa más libre, en las condiciones de la guerra, que cualquier otro país del mundo. El gobierno fué constituido por los jefes de los partidos de oposición y revolucionarios, como en las naciones del más puro parlamentarismo, pues es sabido que el título de jefe de un partido de oposición en el parlamento hasta en el más reaccionario, ha facilitado siempre el papel futuro de este jefe en la revolución.

En pocas semanas los mencheviques y los «socialistas revolucionarios» se asimilaron perfectamente todos los procedimientos y modales, argumentos y sofismas de los héroes europeos de la II Internacional, de los ministerialistas y de toda la canalla oportunista. Todo lo que leemos hoy sobre lo Scheidemann y los Noske, los Kautsky y los Crispian, los Renner y los Austerlitz, los Otto Bauer y los Fritz Adler, los Turati y los Longuet, sobre los fabianos y los jefes del «partido obrero independiente» de Inglaterra, todo nos parece, y lo es en realidad una aburrida repetición de un motivo antiguo y conocido. Todo ello lo habíamos visto ya en los mencheviques. La historia les ha hecho una mala jugada, obligando a los oportunistas de un país retardatario, a desempeñar antes que nadie el papel de los oportunistas de muchos países avanzados.

Si todos los héroes de la II Internacional han fracasado, si se han cubierto de oprobio en la cuestión de la función y la importancia de los soviets y del régimen soviético, si se han visto cubiertos de ignominia de un modo particularmente relevante y han incurrido en toda clase de contradicciones en esta cuestión los jefes de los tres grandes partidos que se han separado actualmente de la II Internacional (el partido socialdemócrata independiente de Alemania, el partido longuetista de Francia y el partido obrero independiente de Inglaterra), si todos han sido esclavos de los prejuicios de la democracia pequeño-burguesa (al modo de los pequeños burgueses de 1848, que se llamaban socialdemócratas), también es cierto que antes que ellos, hemos visto todo esto en los mencheviques. La historia ha hecho esta jugarreta: los soviets que nacieron en Rusia en 1905, fueron falsificados por los mencheviques en Febrero-Octubre de 1917, que fracasaron por no haber comprendido su papel y su importancia; a la vez que hoy la idea del poder soviético ha surgido en el mundo entero, se extiende con rapidez inusitada entre el proletariado de todos los países, mientras fracasan en todas partes, a su vez, los viejos héroes de la II Internacional por no haber sabido comprender del mismo modo que nuestros mencheviques el papel y la importancia de los soviets. La experiencia ha demostrado que en algunas cuestiones esenciales de la revolución proletaria, todos los países pasarán inevitablemente por donde ha pasado Rusia.

Los bolcheviques empezaron su campaña victoriosa contra la república parlamentaria (burguesa de hecho) y contra los mencheviques con suma prudencia, prepararon esta campaña con infinito cuidado, a pesar de lo que se dice a menudo en sentido contrario en Europa y América. No incitamos desde el principio a derribar al gobierno sino que explicamos la imposibilidad de hacerlo sin modificar previamente la composición y el estado de

espíritu de los soviets. No declaramos el boicot al parlamento burgués a la Asamblea Constituyente, sino que dijimos, a partir de la conferencia de nuestro partido, celebrada en Abril de 1917, que una república burguesa, con una Asamblea Constituyente, era preferible a la misma república sin Constituyente, pero que la «República obrera y campesina» soviética, valía muchísimo más que cualquier república democrático-burguesa parlamentaria.

Sin esta preparación prudente, minuciosa, circunspecta y prolongada, nunca hubiésemos podido alcanzar la victoria en Octubre de 1917 ni mantener los resultados de la misma.

¿Qué es la revolución de Octubre?

POR

León Trotsky

CONFERENCIA PRONUNCIADA EL 27 DE NOVIEMBRE DE 1932, EN EL STADIUM DE COPENHAGUE, DINAMARCA

Queridos oyentes: Permitidme en primer término, expresarles mi sincero pesar de no poder hablar en lengua danesa ante un auditorio de Copenhague. No sabemos si los oyentes perderán algo por ello. En lo que concierne al conferenciante, la ignorancia del idioma danés le incapacita para estar en contacto directo con la vida y la literatura escandinavas. ¡Y esto supone un gran inconveniente! El idioma alemán, al cual suelo recurrir para estos menesteres, es potente y rico; pero «mi lengua alemana» es bastante limitada. Además, cuando se trata de cuestiones complicadas no es posible explicarse con la necesaria libertad más que en la propia lengua. Por tanto, pido anticipadamente la indulgencia del auditorio.

La primera vez que estuve en Copenhague fué con motivo del Congreso socialista internacional, y guardé siempre un grato recuerdo de vuestra ciudad. Pero de esto hace ya un cuarto de siglo. En el Ore-Sund y en los fiords el agua se ha renovado muchas veces. Mas no solamente el agua. La guerra ha roto la columna vertebral del viejo continente europeo. Los ríos y los mares de Europa han arrastrado mucha sangre humana. La Humanidad, en particular su parte europea, ha pasado por duras pruebas; se ha vuelto más sombría, más brutal. Todas las formas de lucha se han hecho más ásperas. El mundo ha entrado en una época de grandes cambios. Sus exteriorizaciones extremas son la guerra y la revolución.

Antes de pasar al tema de mi conferencia—la revolución—, juzgo un deber expresar mi agradecimiento a los organizadores de este acto, la Asociación de Estudiantes Socialdemócratas de Copenhague. Lo hago en calidad de adversario político. Verdad es que mi conferencia trata cuestiones historiocientíficas. Pero resulta imposible hablar de una revolución de la que ha surgido la República de los Soviets sin ocupar una posición política.

En mi calidad de conferenciante, mi bandera sigue siendo la misma que aquella bajo la cual participé en los acontecimientos revolucionarios.

Hasta la guerra, el partido bolchevique perteneció a la socialdemocracia internacional. El 4 de Agosto de 1914, el voto de la socialdemocracia alemana en favor de los créditos de guerra puso, de una vez para siempre, fin a esta unidad y abrió la era de la lucha incesante e intransigente del bolchevismo contra la socialdemocracia. ¿Significa esto, por tanto, que los organizadores de esta reunión han cometido un error al invitarme como conferenciante? En todo caso, el auditorio podrá juzgar solamente después de pronunciada la conferencia. Para justificar mi aceptación de tan amable invitación para desarrollar una conferencia sobre la Revolución rusa, me permitiré recordar que durante los treinta y cinco años de mi vida política, el tema de la Revolución rusa ha sido el eje práctico y teórico de mis preocupaciones y de mis actos. Creo, por tanto, que esto me da algún derecho a esperar poder ayudar no solamente a mis amigos en ideas, sino también a mis adversarios.—por lo menos de partido—a comprender mejor muchos rasgos de la revolución que hasta hoy escapaban a su atención. En una palabra: el objeto de mi conferencia es ayudar a comprender. Yo no me propongo aquí programar ni llamar a la revolución, sólo quiero explicar.

No sé si en el Olimpo escandinavo había también una diosa de la rebelión. Lo dudo. De cualquier modo, no solicitaremos hoy sus favores. Vamos a poner nuestra conferencia bajo el signo de Sonotra, la vieja diosa del conocimiento. No obstante, el carácter dramático de la Revolución como acontecimiento vital, trataremos de estudiarla con la impasibilidad del anatomista. Si el conferenciante a causa de ello resulta más seco, los oyentes, espero, sabrán justificarlo.

Para empezar, fijemos algunos principios sociológicos elementales que son sin duda familiares a todos ustedes; pero que debemos tener presente.

La sociedad humana es el resultado histórico de la lucha por la existencia y de la seguridad en el mantenimiento de las generaciones. El carácter de la sociedad es determinado por el carácter de su economía; el carácter de su economía es determinado por el de sus medios de producción.

A cada gran época en el desarrollo de las fuerzas productivas corresponde un régimen social definido. Hasta ahora cada régimen social ha asegurado enormes ventajas a la clase dominante.

De lo dicho resulta evidente que los regímenes sociales no son eternos. Nacen históricamente y se convierten en obstáculos al progreso ulterior. «Todo lo que nace merece ser destruido.»

Pero nunca una clase dominante ha abdicado voluntaria y pacíficamente su poder. En las cuestiones de vida y muerte los argumentos fundados en la razón nunca han reemplazado a los argumentos de la fuerza. Esto es triste decirlo; pero es así. No hemos sido nosotros los que hemos hecho este mundo. Sólo podemos tomarlo tal cual es.

La revolución significa un cambio del régimen social. Ella transmite el poder de las manos de una clase que está ya agotada a las manos de otra clase en ascensión. La insurrección constituye el momento más crítico y más agudo en la lucha de dos clases por el poder. La sublevación no puede conducir a la victoria real de la revolución y a la erección de un nuevo régi-

men más que en el caso de que se apoye sobre una clase progresiva que sea capaz de agrupar en torno suyo a la inmensa mayoría del pueblo. A diferencia de los procesos de la naturaleza, la revolución se realiza por intermedio de los hombres. Pero en la revolución también los hombres obran bajo la influencia de condiciones sociales que no son libremente elegidas por ellos, sino que son heredadas del pasado y que les señalan imperiosamente el camino. Precisamente por tal causa, y sólo por ella, es por lo que la revolución tiene sus propias leyes. Pero la conciencia humana no se limita a reflejar pasivamente las condiciones objetivas, sino que tiene la virtud de reaccionar activamente sobre las mismas. En ciertos momentos esta reacción adquiere un carácter de masa tenso, apasionado. Entonces caen derrumbadas las barreras del Derecho y del poder. Precisamente la intervención activa de las masas en los acontecimientos constituye el elemento más indispensable de la revolución. Y, sin embargo, aun la actividad más fogosa puede quedar simplemente reducida al nivel de una demostración, de una rebelión, sin elevarse a la altura de una revolución. La sublevación de las masas debe conducir al derrumbamiento de la dominación de una clase y al establecimiento de la dominación de otra. Solamente así tendremos una revolución consumada. La sublevación de las masas, no es una empresa aislada que se puede provocar a capricho, sino que representa un elemento objetivamente condicionado en el desarrollo de la sociedad. Pero esto no quiere decir que una vez existentes las condiciones objetivas de la sublevación se deba esperar pasivamente, con la boca abierta; en los acontecimientos humanos también hay, como dice Shakespeare, flujos y reflujos que tomados en la creciente conducen al éxito: «There is a tide in the affairs of men which, taken all the flood, leads on to fortune». Para barrer el régimen que se sobrevive, la clase avanzada debe comprender que ha sonado su hora y proponerse la tarea de la conquista del poder. Aquí se abre el campo de la acción revolucionaria consciente, donde la previsión y el cálculo se unen a la voluntad y a la bravura. Dicho de otra manera: aquí se abre el campo de la acción del partido.

El partido revolucionario es la condensación de lo más selecto de la clase avanzada. Sin un partido capaz de orientarse en las circunstancias, de apreciar la marcha y el ritmo de los acontecimientos y de conquistar a tiempo la confianza de las masas, la victoria de la revolución proletaria es imposible. Tal es la relación de los factores objetivos y de los factores subjetivos de la revolución y de la insurrección. Como muy bien sabéis, en las discusiones, los adversarios—en particular en la teología—tienen la costumbre de desacreditar frecuentemente la verdad científica elevándola al absurdo. Esto se llama, aún en lógica *reductio ad absurdum*. Nosotros vamos a tratar de seguir la vía opuesta, es decir, que tomaremos como punto de partida un absurdo a fin de aproximarnos con mayor seguridad a la verdad. Realmente no tenemos derecho a lamentarnos por falta de absurdos. Tomemos uno de los más frescos y más gordos. El escritor italiano Malaparte, algo así como un teórico fascista—también existe este producto—, ha publicado recientemente un libro sobre la técnica del golpe de Estado. El autor consagra un número no despreciable de páginas de su «investigación» a la insurrección de Octubre. A diferencia de la «estrategia» de Lenin, que perma-

nece unida a las relaciones sociales y políticas de la Rusia de 1917, «la táctica de Trotsky no está—según los términos de Malaparte—unida por nada a las condiciones generales del país». ¡Tal es la idea principal de la obra! Malaparte obliga a Lenin y a Trotsky en las páginas de su libro a entablar numerosos diálogos en los cuales los interlocutores dan prueba de tan poca profundidad de espíritu como la naturaleza puso a disposición de Malaparte. A las objeciones de Lenin sobre las premisas sociales y políticas de la insurrección, Malaparte atribuye a Trotsky la respuesta literal siguiente: «Vuestra estrategia exige demasiadas condiciones favorables, y la insurrección no tiene necesidad de nada: se basta por sí misma». ¿Entendéis bien?; «la insurrección no tiene necesidad de nada». Tal es precisamente, queridos oyentes, el absurdo que debe servirnos para aproximarnos a la verdad. El autor repite con mucha persistencia que en Octubre no fué la estrategia de Lenin, sino la táctica de Trotsky lo que triunfó. Esta táctica amenaza, según sus propios términos, todavía ahora, la tranquilidad de los Estados europeos. «La estrategia de Lenin—cito textualmente—no constituye ningún peligro inmediato para los Gobiernos de Europa. La táctica de Trotsky constituye un peligro actual y, por tanto, permanente.» Más concretamente: «Poned a Poincaré en lugar de Kerensky, y el golpe de Estado bolchevique de Octubre de 1917 se hubiera llevado a cabo de igual manera». Resulta difícil creer que semejante libro sea traducido a diversos idiomas y acogido seriamente. En vano trataríamos de profundizar por qué, en general, la estrategia de Lenin, dependiendo de las condiciones históricas, es necesaria, si la «táctica de Trotsky» permite resolver el mismo problema, en todas las situaciones. ¿Y por qué las revoluciones victoriosas son tan raras, si para el triunfo basta con un par de recetas técnicas?

El diálogo entre Lenin y Trotsky presentado por el escritor fascista es, en el espíritu como en la forma, una invención inepta desde el principio al fin. Inventiones por el estilo circulan muchas por el mundo. Por ejemplo, acaba de editarse en Madrid, bajo mi firma, un libro: La vida de Lenin, de cual soy tan responsable como de las recetas tácticas de Malaparte. El semanario de Madrid Estampa publicó de este pretendido libro de Trotsky sobre Lenin capítulos enteros que contienen ultrajes abominables contra la memoria del hombre que yo estimaba y que estimo incomparablemente más que a cualquiera otro entre mis contemporáneos. Pero abandonemos a los falsarios a su suerte. El viejo Guillermo Liebknecht, el padre del combatiente y héroe inmortal, Carlos Liebknecht, acostumbraba a decir: «El político revolucionario debiera estar provisto de una gruesa piel.» El doctor Stockmann, más expresivo aun, recomendaba a todo el que se propusiera ir al encuentro de la opinión pública social no ponerse los pantalones nuevos. Tengamos, pues, en cuenta estos dos buenos consejos y pasemos, acto seguido, al orden del día.

¿Cuáles son las preguntas que la Revolución de Octubre sugiere a todo hombre reflexivo? Primera, ¿por qué y cómo esta revolución ha sido coronada por el éxito? O, más concretamente, ¿por qué la revolución proletaria ha triunfado en uno de los países más atrasados de Europa?; segunda, ¿qué es lo que ha traído la Revolución de Octubre?, y, por último, tercera, ¿se ha realizado lo que se esperaba de ella?

A la primera pregunta—sobre las causas—se puede contestar ya en una forma más o menos completa. Yo he tratado de hacerlo lo más explícitamente posible, en mi Historia de la Revolución. Aquí, no puedo hacer otra cosa que formular las conclusiones más importantes. El hecho de que el proletariado haya llegado al poder por primera vez en un país tan atrasado como la antigua Rusia zarista, sólo a primera vista parece misterioso; en realidad resulta de una rigurosa lógica. Se podía prever y se previó. Es más: bajo la perspectiva de este hecho, los revolucionarios marxistas edificaron su estrategia mucho antes de desarrollarse los acontecimientos decisivos. La explicación primera y más general: Rusia es un país atrasado; pero, así y todo, Rusia no es más que una parte de la economía mundial, un elemento del sistema capitalista mundial. En este sentido, Lenin ha resuelto el enigma de la revolución rusa con la siguiente fórmula lapidaria: la cadena se ha roto por su eslabón más débil. Una ilustración clara: la gran guerra, salida de las contradicciones del imperialismo mundial, arrastró en su torbellino países que se hallaban en diferentes etapas de desarrollo, pero a los cuales impuso, a todos, las mismas exigencias. Claro está que las cargas de la guerra debían ser particularmente insostenibles para los países más atrasados. Rusia fué la que primero se vió obligada a ceder terreno. Pero para desentenderse de la guerra el pueblo tenía que abatir las clases dirigentes. Así fué cómo la cadena de la guerra se rompió por su eslabón más débil. Pero la guerra no es una catástrofe que viene del exterior, como por ejemplo un terremoto, sino que—para hablar con el viejo Clausewitz—es la continuación de la política con otros medios. Durante la guerra, las tendencias principales del sistema imperialista de tiempos de «paz» no hicieron sino exteriorizarse más ásperamente. Cuanto más elevadas sean las fuerzas productivas generales; cuanto más tensa sea la concurrencia mundial; cuanto más agudos, se manifiesten los antagonismos; cuanto más desenfadado se desarrolle el curso de los armamentos, tanto más penosa resulta la situación para los participantes más débiles. Precisamente ésta es la causa por la cual los países más atrasados ocupan el primer lugar en la serie de derrumbamientos. La cadena del capitalismo tiende siempre a romperse por los eslabones más débiles. Si a causa de ciertas circunstancias extraordinarias, o extraordinariamente desfavorables—por ejemplo, una intervención militar victoriosa del exterior, debido a faltas irreparables del propio Gobierno soviético,—se restableciera el capitalismo ruso sobre el inmenso territorio soviético, su inevitable insuficiencia histórica le haría muy pronto caer de nuevo, víctima de las mismas contradicciones que le condujeron en 1917 a la explosión. Ninguna receta táctica hubiera podido dar vida a la Revolución de Octubre de no llevarla Rusia en sus propias entrañas. El partido revolucionario no puede asignarse otra función que la del comadrón que se ve obligado a recurrir a una operación cesárea. Se podría objetarme: vuestras consideraciones generales pueden ser suficientes para explicar por qué razón la vieja Rusia (este país donde el capitalismo atrasado, junto a una clase campesina miserable, estaba coronado por una nobleza parasitaria y, de remate, una monarquía putrefacta), tenía que naufragar. Pero en la imagen de la cadena y del más débil eslabón falta todavía la clave del enigma: ¿cómo en un país atrasado podía triunfar la revolución socialista? Porque la historia conoce muchos ejemplos de decadencia de países y de culturas que, tras el hundimiento simultáneo de las

viejas clases, no han podido hallar ninguna forma de resurgir progresivo. el hundimiento de la vieja Rusia hubiera debido, al parecer, transformar el país en una colonia capitalista y no en un Estado socialista. Esta objeción es muy interesante y nos lleva directamente al corazón del problema. Y sin embargo, esta objeción es viciosa; yo diría desprovista de proporción interna. De un lado, proviene de una concepción exagerada en lo que concierne al retraso de Rusia; de otra parte, de una falsa concepción teórica en lo que respecta al fenómeno del retraso en general.

Los seres vivos—naturalmente, el hombre entre ellos—atravesan, con relación a la edad, estadios de desarrollo semejantes. En un niño normal de cinco años se encuentra cierta correspondencia entre el peso, la talla y los órganos internos. Pero esto ya no ocurre con la conciencia humana. En oposición con la anatomía y la fisiología, la psicología, tanto la del individuo como la de la colectividad, se distingue por una extraordinaria capacidad de asimilación, flexibilidad y elasticidad: en esto mismo reside también la ventaja aristocrática del hombre sobre su pariente zoológico más próximo de la especie de los monos. La conciencia susceptible de asimilar y elástica confiere—como condición necesaria del progreso histórico—a los «organismos» llamados sociales a diferencia de los organismos reales, es decir, biológicos, una extraordinaria variabilidad de la estructura interna. En el desarrollo de las naciones y de los Estados, de los capitalistas en particular, no existe ni similitud ni uniformidad. Diferentes grados de cultura, hasta los polos opuestos, se aproximan y se combinan, con mucha frecuencia, en la vida de un país. No olvidemos, queridos oyentes que el retraso histórico es una noción relativa. Si existen países atrasados y avanzados, hay también una acción recíproca entre ellos; hay la presión de los países avanzados sobre los retardatarios; hay la necesidad para los países atrasados de alcanzar a los países progresivos, de adquirirles la técnica, la ciencia, etc. Así surgió un tipo combinado de desarrollo: los rasgos más retrasados se acoplan a la última palabra de la técnica y del pensamiento mundiales. En fin, los países históricamente atrasados se ven a veces obligados a sobreparar a los demás. La elasticidad de la conciencia colectiva da la posibilidad de lograr, en ciertas condiciones, sobre la arena social, el resultado que en psicología individual se llama «la compensación». En este sentido, se puede afirmar que la Revolución de Octubre fué para los pueblos de Rusia un medio heroico de superar su propia inferioridad económica y cultural.

Pero pasemos sobre estas generalizaciones históricopolíticas, que quizá sean un tanto abstractas, para plantear la misma cuestión bajo una forma concreta, es decir, a través de los hechos económicos vivos. El retraso de la Rusia del siglo XX se expresa más claramente de la siguiente manera: la industria ocupa en el país un lugar mínimo, en comparación al campesino. El conjunto de esto significa una baja productividad del trabajo nacional. Bastaría decir que en vísperas de la guerra, cuando la Rusia zarista había alcanzado la cumbre de su prosperidad, la renta nacional era de ocho a diez veces inferior a la de los Estados Unidos. Esto expresa numéricamente la «amplitud» del retraso, si es que nos podemos servir de la palabra amplitud en lo que concierne al retraso. Al mismo tiempo la ley del desarrollo combinado, se expresa, a cada paso, en el dominio económico tanto en los fenómenos simples como en los complejos. Casi sin rutas nacionales, Rusia se

vió obligada a construir vías férreas. Sin haber pasado por el artesanado y la manufactura europeas, Rusia saltó directamente a la producción mecanizada. Saltar las etapas intermedias, tal es el camino de los países atrasados. En tanto que la economía campesina permanecía frecuentemente al nivel del siglo XVII, la industria de Rusia, si no en la capacidad por lo menos en su tipo, se hallaba al nivel de los países avanzados y hasta sobrepasaba a éstos en muchos respectos. Basta consignar que las empresas gigantes con más de mil obreros ocupaban en los Estados Unidos menos del 18% de la totalidad de los obreros industriales, en tanto que en Rusia la proporción era de 41%. Este hecho concuerda bastante mal con la concepción trivial del retraso económico de Rusia. Y sin embargo, ello no contradice el retraso general, sino que lo completa dialécticamente. La estructura de clase del país entrañaba también el mismo carácter contradictorio. El capital financiero de Europa industrializa la economía rusa a un ritmo acelerado. La burguesía industrial pronto adquiere el carácter de gran capitalismo, enemigo del pueblo. Además, los accionistas extranjeros viven fuera del país. Por el contrario, los obreros son auténticamente rusos. Una burguesía rusa numéricamente débil, que no tenía ninguna raíz nacional, se encontraba en esta forma opuesta a un proletariado relativamente fuerte, con raíces y profundas raíces en el pueblo. Al carácter revolucionario del proletariado contribuyó el hecho de que Rusia, precisamente como país atrasado, obligado a acoplar los adversarios, no había, por otra parte, llegado a elaborar un conservadurismo social y político propio. Como país el más conservador de Europa y aun del mundo entero, el más viejo país capitalista, Inglaterra, me da la razón. Muy bien podría ser considerado Rusia como el país desprovisto de conservadurismo. El proletariado ruso, joven, lozano, resuelto, no constituye, con todo, más que una ínfima minoría de la nación. Las reservas de su potencia revolucionaria se encontraban fuera de su propio seno: en la clase campesina, que vivía en una semiservidumbre, y en las nacionalidades oprimidas.

La cuestión agraria constituía la base de la revolución. La antigua servidumbre, que entrañaba la autocracia, resultaba doblemente insoportable en las condiciones de la nueva explotación capitalista. La comunidad agraria estaba constituída por unos 140 millones de deciatinas. A treinta mil grandes propietarios terratenientes, poseedores cada uno, por término medio, de más de 2,000 deciatinas, les correspondían en total 70 millones de deciatinas, es decir, tanto como a diez millones de familias campesinas, o sea cincuenta millones de seres. Esta estadística de la tierra constituía un programa acabado de insurrección campesina. Un noble, Boborkin, escribía en 1917 al chambelán Rodzianko, presidente de la última Duma del Estado: «Yo soy un propietario terrateniente y no se me ocurre pensar, ni por un momento, que tenga que perder mi tierra, y menos por un fin increíble para hacer una experiencia socialista». Sin embargo, las revoluciones siempre tienen por objeto la misma tarea: realizar lo que no penetra en la cabeza de las clases dominantes.

En el otoño de 1917 casi todo el país era un vasto campo de levantamientos campesinos. De 621 distritos de la vieja Rusia, 482, es decir, el 77% estaban influidos por el movimiento. El resplandor del incendio de la aldea iluminaba la palestra de la sublevación en las ciudades. ¡Pero—me podréis

objetar—la guerra campesina contra los propietarios terratenientes es uno de los elementos clásicos de la revolución burguesa y no de la revolución proletaria! Yo respondo completamente juato; así sucedió en el pasado. Pero es que, precisamente, la impotencia del capitalismo para vivir en un país atrasado se expresa por el hecho de que la sublevación campesina no impulsa hacia adelante a las clases burguesas en Rusia, sino, por el contrario, las arroja al campo de la reacción. Al campesino, para no fracasar, no le quedaba otro camino que la alianza con el proletariado industrial. Esta ligazón revolucionaria de las dos clases oprimidas fué prevista genialmente por Lenin y preparada desde hacía mucho tiempo. Si la cuestión agraria hubiese sido francamente resuelta por la burguesía con toda seguridad que el proletariado no hubiera conquistado el Poder en 1917. Habiendo llegado demasiado tarde, caída precozmente en decrepitud, la burguesía rusa, egoísta y cobarde, no tuvo la osadía de levantar la mano contra la propiedad feudal. Con esto la burguesía dejó el Poder al proletariado y al mismo tiempo el derecho a disponer de la suerte de la sociedad burguesa. Para que el Estado soviético fuera una realización era de todo punto necesaria la acción combinada de estos dos factores de naturaleza histórica distinta: la guerra campesina, es decir, un movimiento que es característico de la aurora del desarrollo burgués, y la sublevación proletaria, que anuncia el crepúsculo de la sociedad burguesa. En esto reside el carácter combinado de la revolución rusa. Basta que el oso campesino se levante, afianzado sobre sus patas traseras, para dar a conocer lo terrible de su acometida. Sin embargo, el oso campesino carece de la capacidad de dar a su indignación una expresión consciente; tiene siempre necesidad de un conductor. Por primera vez en la historia del movimiento social, la clase campesina sublevada ha encontrado en la persona del proletariado un dirigente leal. Cuatro millones de obreros de la industria y de los transportes conducen a cien millones de campesinos. Tal fué la relación natural e inevitable entre el proletariado y la clase campesina en la revolución.

La segunda reserva revolucionaria del proletariado estaba constituida por las nacionalidades oprimidas integradas, asimismo por campesinos en su mayor parte. El carácter extensivo del desarrollo del Estado, que se ensanchaba como una mancha de aceite del centro moscovita hasta la periferia, estaba íntimamente ligado al retroceso histórico del país. Al Este somete a las poblaciones más atrasadas aun, para mejor ahogar con su apoyo a las nacionalidades más desarrolladas del Oeste. A los setenta millones de grandes rusos que constituyen la masa principal de la población se vienen a agregar, así, noventa millones de «alógenos». Así quedó constituido el Imperio en la composición del cual la nación dominante sólo estaba integrada por un 43% de la población, en tanto que los otros 57% eran una mezcla de nacionalidades de cultura y de régimen distintos. La presión nacional era en Rusia incomparablemente más brutal que en los Estados vecinos, y, a decir verdad, no solamente de los que estaban al otro lado de la frontera occidental, sino también de la oriental. Tal estado de cosas confería al problema nacional una enorme fuerza explosiva. La burguesía liberal rusa no quería, en la cuestión nacional ni en la cuestión agraria, ir más allá de ciertas atenuaciones del régimen de opresión y de violencia. Los gobiernos «demócratas» de Miliukov y de Kerensky, que eran la expresión de

los intereses de la burguesía y de la burocracia granrusa, se dedicaron en el curso de los ocho meses de su existencia a enseñar a las nacionalidades oprimidas la siguiente lección: no obtendréis lo que deseáis hasta que no lo arranquéis por la fuerza. Hacía mucho que Lenin había ya tomado en consideración la inevitabilidad del desarrollo del movimiento nacional centrífugo. El Partido bolchevique luchó obstinadamente durante años por el derecho de autodeterminación de las nacionalidades, es decir, por el derecho a la completa separación estatal. Fué precisamente a causa de esta valerosa posición en la cuestión nacional por lo que el proletariado ruso pudo ganar poco a poco la confianza de las poblaciones oprimidas. El movimiento de liberación nacional, así como el movimiento campesino, se tornaron forzosamente contra la democracia oficial, fortificaron al proletariado y se lanzaron a la corriente de la insurrección de Octubre.

Así se va poco a poco levantando ante nosotros el velo del enigma de la insurrección proletaria en un país históricamente atrasado. Mucho tiempo antes de sobrevenir los acontecimientos, los revolucionarios marxistas han previsto la marcha de la revolución y la función histórica del joven proletariado ruso. Ruego se me permita dar aquí un extracto de mi propia obra a raíz de la revolución de 1905

«En un país económicamente atrasado el proletariado puede llegar antes al Poder que en un país capitalista adelantado... La revolución rusa crea... unas condiciones mediante las cuales el Poder puede pasar (con la victoria de la revolución debe pasar) al proletariado antes que la política del liberalismo burgués tenga la posibilidad de desplegar su genio estadista... El destino de los intereses revolucionarios más elementales de los campesinos... está fuertemente ligado al destino de toda la revolución, es decir, al destino del proletariado. Una vez llegado al Poder, el proletariado aparecerá a los ojos de los campesinos como el libertador de su clase. El proletariado entra en el gobierno como representante revolucionario de la nación, como conductor reconocido del pueblo en lucha contra el absolutismo y la barbarie de la servidumbre... El régimen proletario deberá desde el principio pronunciarse por la solución de la cuestión agraria, a la cual está ligada la suerte del avance popular de Rusia».

Me he permitido traer esta cita para testimoniar que la teoría de la Revolución de Octubre presentada hoy por mí no es una improvisación rápida, construida a posteriori bajo la presión de los acontecimientos. No; por el contrario, fué emitida bajo forma de pronóstico político mucho tiempo antes de la revolución de Octubre. Convendréis que la teoría, en general, no tiene más valor que en la medida en que ayuda a prever el curso del desarrollo y a influenciarle hacia sus objetivos. En esto mismo consiste, hablando en términos generales, la importancia inestimable del marxismo como arma de orientación social e histórica. Lamento que los estrechos límites de esta exposición no me permitan extender la cita precedente de una manera más amplia, y por ello tendré que conformarme con un corto resumen de todo lo que he escrito en 1905.

En relación con sus tareas inmediatas, la revolución rusa es una revolución burguesa. Sin embargo, la burguesía rusa es antirrevolucionaria. Por consiguiente, la victoria de la revolución sólo es posible como victoria del proletariado. El pro-

letariado victorioso no se detendrá en el programa de la democracia burguesa, sino que pasará inmediatamente al programa del socialismo. La revolución rusa será la primera etapa de la revolución socialista mundial.

Tal era la teoría de la revolución permanente, edificada por mí en 1905 y más tarde expuesta a la crítica más acerba bajo el nombre de «trotkismo». Pero, en realidad, esto no es más que una parte de este teoría. La otra parte, particularmente de actualidad ahora, expresa:

Las fuerzas productivas actuales hace ya tiempo que han rebasado las barreras nacionales. La sociedad socialista es irrealizable en los límites nacionales. Por importantes que puedan ser los éxitos económicos de un Estado obrero aislado, el programa del «socialismo en un solo país» es una utopía pequeño burguesa. Sólo una federación europea, y después mundial de Repúblicas socialistas, puede abrir el camino a una sociedad socialista armónica.

Hoy, después de la prueba de los acontecimientos, tengo menos razón que nunca para rectificar esta teoría.

Después de todo lo que queda dicho, ¿merece la pena el seguir tomando en cuenta al escritor fascista Malaparte, que me atribuye una táctica independiente de la estrategia, resultante de ciertas recetas técnicas, aplicables en todo momento y bajo cualquier actitud. Por suerte, el nombre del desdichado teórico del golpe de Estado permite distinguirlo fácilmente del práctico victorioso del golpe de Estado: así nadie correrá el riesgo de confundir Malaparte con Bonaparte.

Si la insurrección armada del 25 de Octubre de 1917, el Estado soviético no existiría. Pero la insurrección no vino del cielo. Para el triunfo de la Revolución de Octubre eran necesarias una serie de premisas históricas: 1.ª La podredumbre de las clases dominantes, de la nobleza, de la monarquía, de la burocracia. 2.ª La debilidad política de la burguesía, que no tenía ninguna raíz de las masas populares. 3.ª El carácter revolucionario de la cuestión agraria. 4.ª El carácter revolucionario del problema de las nacionalidades oprimidas. 5.ª El peso social del proletariado.

A estas premisas orgánicas hay que agregar ciertas condiciones de coyuntura de excepcional importancia: 6.ª La revolución de 1905 fué una gran lección; o según Lenin un «ensayo general» de la revolución de 1917. Los Soviets, como forma de organización irremplazable de frente único proletario en la revolución, fueron organizados por primera vez en 1905. 7.ª La guerra imperialista agudizó todas las contradicciones, arrancó las masas atrasadas de su estado de inmovilidad, preparándolas para el carácter grandioso de la catástrofe. Pero todas estas condiciones, que eran suficientes para que estallara la revolución, resultaban, sin embargo, insuficientes para asegurar la victoria del proletariado en la revolución. Para esta victoria todavía faltaba una condición: 8.ª El Partido bolchevique.

Si yo enumero esta condición en último lugar de la serie sólo es porque así corresponde a la consecuencia lógica, y no, ni mucho menos, porque atribuya al Partido el lugar menos importante. No; estoy muy lejos de tal pensamiento. La burguesía liberal puede tomar el Poder, y lo han tomado muchas veces, como resultado de luchas en las cuales no había participado: para ello posee órganos de aprehensión magníficamente desarrollados. Sin embargo, las masas laboriosas se encuentran en otra situación; se las ha

acostrumbrado a dar y no a tomar. Trabajan pacientemente, esperan, pierden la paciencia, se sublevan, combaten, mueren, dan la victoria a otros, son traicionadas, caen en el desaliento, se someten, vuelven a trabajar. Así es la historia de las masas populares bajo todos los regímenes. Para tomar con seguridad y firmeza el Poder, el proletariado tiene necesidad de un Partido superior a todos los demás en claridad de pensamiento y en decisión revolucionaria. El partido de los bolcheviques, que con frecuencia ha sido designado, y con razón, como el partido más revolucionario en la historia de la Humanidad, era la condensación viva de la nueva historia de Rusia, de todo lo que había en ella de dinámico. Hacía mucho tiempo ya que la desaparición de la monarquía era considerada la condición indispensable para el desarrollo de la economía y de la cultura. Pero faltaban las fuerzas para dar cima a esta tarea; a la burguesía le horrorizaba la revolución. Los intelectuales intentaron conducir al campesino sobre sus hombros. Incapaz de generalizar sus propias penas y objetivos, el mujik dejó sin respuesta la exhortación de los intelectuales. La inteligencia se armó de dinamita; toda una generación se consumió en esta lucha. El 1.º de Marzo de 1897, Alejandro Ulianof llevó a cabo el último de los grandes atentados terroristas. La tentativa de atentado contra Alejandro III fracasó. Ulianof y los demás participantes fueron ahorcados. La tentativa de substituir la clase revolucionaria por una preparación química, había naufragado. Aun la inteligencia más heroica no es nada sin las masas. Bajo la impresión inmediata de estos hechos y de sus conclusiones creció y se formó el más joven de los hermanos Ulianof, Nicolás, el futuro Lenin; la figura más grandiosa de la historia rusa. Desde un principio, en su juventud, se colocó sobre el terreno del marxismo y enfocó su mirada hacia el proletariado. Sin perder un instante de vista a la aldea, se orientó hacia el campesino a través de los obreros. Habiendo heredado de sus precursores revolucionarios la resolución, la capacidad de sacrificio, la disposición de llegar hasta el fin, Lenin se convirtió en sus años de juventud en el educador de la nueva generación intelectual y de los obreros avanzados. En las huelgas y luchas callejeras, en las prisiones y en la deportación, los obreros adquirieron el temple necesario. El proyector del marxismo les era necesario para iluminar en la obscuridad de la autocracia su camino histórico.

II

En 1883 nació en la emigración el primer grupo marxista. En 1898, en una asamblea clandestina, fué proclamada la creación del partido social democrata obrero ruso—en esta época nos llamábamos todos socialdemócratas. En 1903 tuvo lugar la escisión entre bolcheviques y mencheviques. En 1912, la fracción bolchevique se convirtió definitivamente en un partido independiente. Este partido enseñó a reconocer la mecánica de clases sociales en las luchas en los acontecimientos grandiosos, durante doce años (de 1905 a 1917). Educó cuadros de militantes aptos, tanto para la iniciativa como para la obediencia. La disciplina de la acción revolucionaria se apoyaba sobre la unidad de la doctrina, las tradiciones de las luchas comunes y la confianza hacia una dirección probada. Tal era el Partido en 1917. Mientras que le «opinión pública» oficial y las toneladas de papel de la prensa

intelectual no le concedían apenas importancia, el Partido bolchevique se orientaba según el curso del movimiento de las masas. La formidable palanca que ese Partido manejaba firmemente se introducía en las fábricas y en los regimientos. Y las masas campesinas lanzaban cada vez con más insistencia, las miradas hacia él. Si se entiende por nación no las cumbres privilegiadas, sino la mayoría del pueblo, es decir, los obreros y los campesinos, hay que reconocer que el bolchevismo se transformó, en el curso del año 1917, en el único partido ruso verdaderamente nacional.

En Septiembre de 1917, Lenin, obligado a vivir en la clandestinidad, dió la señal: «La crisis está madura, la hora de la insurrección se aproxima». Tenía razón. Las clases dominantes habían caído en la impotencia frente a los problemas de la guerra del campo y de la liberación nacional. La burguesía perdió definitivamente la cabeza. Los partidos demócratas, los mencheviques y los socialistas revolucionarios disiparon el último resto de la confianza de las masas, sosteniendo la guerra imperialista y por su política de compromiso impotente y de concesiones a los propietarios burgueses y feudales. El ejército sacudido en su conciencia, se negaba a luchar por lo fines del Imperialismo que le eran extraños. Sin prestar atención a los consejos democráticos, los campesinos expulsaban a los latifundistas de sus dominios. La periferia nacional oprimida del Imperio se lanzó contra la burocracia peterburguesa. En los más importantes consejos de obreros y soldados, los bolcheviques dominaban. Los obreros y soldados exigían hechos. El absceso estaba maduro. Sólo faltaba un corte de bisturí.

La insurrección no fué posible más que en estas condiciones sociales y políticas. Y así ocurrió, ineludiblemente. Sin embargo, no se puede tomar la insurrección a juego. Desgraciado del cirujano que utiliza el bisturí con negligencia. La insurrección es un arte; tiene sus leyes y sus reglas. El Partido realizó la insurrección de Octubre con un cálculo frío y una resolución ardiente. Gracias a esto pudo triunfar casi sin víctimas. Por medio de los Soviets victoriosos, los bolcheviques se colocaron a la cabeza del país que abarca una sexta parte de la superficie de la tierra. Supongo que la mayor parte de mis oyentes de hoy no se ocupaban todavía de política en 1917. Tanto mejor. La joven generación tiene ante sí muchas cosas interesantes, pero no siempre fáciles. Sin embargo, los representantes de las viejas generaciones, en esta sala, recordarán muy bien cómo fué acogida la toma del Poder por los bolcheviques: como una curiosidad, un equívoco, un escándalo, o más como una pesadilla, llamada a desvanecerse con las primeras claridades del alba. Los bolcheviques se mantendrían veinticuatro horas, una semana, un mes, un año. Había que ampliar, cada vez más, el plazo. Los amos del mundo se armaban contra el primer Estado obrero: desencadenamiento de la guerra civil, nuevas intervenciones, bloqueo. Así pasó un año y otro. La historia tiene que contar ya quince años de existencia del Poder soviético. Si, dirá algún adversario: la aventura de Octubre se ha mostrado mucho más sólida de lo que entre nosotros pensábamos. Quizá no fuera del todo una «aventura». A pesar de esto, la cuestión conserva toda su fuerza; ¿qué se ha obtenido a precio tan elevado? ¿Se puede decir que se hayan realizado las bellezas que anunciaban los bolcheviques en vísperas de la insurrección? Antes de responder al supuesto adversario, observemos que esta pregunta no es nueva. Al contrario, se remonta a los

primeros pasos de la Revolución de Octubre, después del día de su nacimiento.

El periodista francés, Claudio Anet, que estaba en Petrogrado durante la revolución, escribía ya el 27 de Octubre de 1917: «Las maximalistas—así llamaban los franceses entonces a los bolcheviques—han tomado el poder y ha amanecido el gran día. En fin, me digo, voy a ver cómo se realiza el Edén socialista que nos vienen prometiendo desde hace tantos años. ¡Admirable aventura! ¡Posición privilegiada!», etc., etc. ¡Qué auténtico odio se oculta tras estos saludos irónicos! Desde el día siguiente de la ocupación del Palacio de Invierno, el periodista reaccionario se creía ya con derecho a exigir una tarjeta de entrada en el Paraíso. Quince años han transcurrido desde la insurrección. Con una falta de ceremonia, tanto mayor, los adversarios manifiestan su alegría maligna al comprobar que, todavía hoy, el país de los Soviets se asemeja muy poco al reino del bienestar general. ¿Por qué, pues, la revolución y por qué las víctimas?

Queridos oyentes: Permitidme creer que las contradicciones, las dificultades, las faltas y las insuficiencias del régimen soviético las conozco tan bien como el que más. Personalmente, jamás traté de disimularlas, ni de viva voz ni por escrito. Siempre he creído, y sigo creyendo, que la política revolucionaria—a diferencia de la conservadora—no puede tener por base el engaño. «Expresar lo que es», tal debe ser el principio esencial del Estado obrero. No obstante, es necesario tener perspectiva, tanto en la crítica como en la actividad creadora. El subjetivismo es un pésimo indicador, sobre todo cuando se trata de grandes cuestiones. Los plazos deben estar en consonancia con la magnitud de las tareas y no con los caprichos individuales. ¡Quince años! ¿Qué es esto para una sola vida? Durante este tiempo fueron enterrados muchos de nuestra generación, otros han visto encanecer sus cabellos. Pero estos mismos quince años, ¡qué período más insignificante en la vida de un pueblo! Un segundo en el reloj de la historia!..

El capitalismo tuvo necesidad de siglos para afirmarse en la lucha contra la Edad Media, para elevar la ciencia y la técnica, para construir vías férreas, para tender hilos eléctricos. ¿Y después? Después, la Humanidad fué lanzada por el capitalismo al infierno de las guerras y de las crisis! Y al socialismo, sus adversarios, es decir, los partidarios del capitalismo, no le conceden más que quince años para instaurar sobre la tierra el paraíso con todo el confort moderno. No, nosotros no nos hemos impuesto tales obligaciones; nosotros no hemos establecido tales plazos. Se deben medir los procesos de los grandes cambios con una escala adecuada. Yo no sé si la sociedad socialista se asemejará al paraíso bíblico; lo dudo mucho. Pero en la Unión Soviética todavía no existe el socialismo. Un estado de transición, cuajado de contradicciones, cargado con la pesada herencia del pasado, sufriendo la presión enemiga de los Estados capitalistas: esto es lo que allí domina. La Revolución de Octubre, ha proclamado el principio de la nueva sociedad. La República soviética no ha mostrado todavía más que la primera etapa de su realización. La primera lámpara de Edison fué muy imperfecta. Bajo las faltas y los errores de la primera edificación socialista se debe saber discernir el porvenir.

¿Y las calamidades que se abaten sobre los seres vivos? ¿Los resultados de la revolución justifican las víctimas causadas por ella? ¡Pregunta estéril

y profundamente retórica; como si el proceso de la historia fuera el resultado de un balance de contabilidad! Con tanta mayor razón, ante las dificultades y penas de la existencia humana, se podría preguntar: ¿para esto vale la pena de vivir? Heine escribió a este propósito: «y el tonto espera la contestación...» Las meditaciones melancólicas no han impedido al hombre engendrar y nacer. Aun en esta época, de una crisis mundial sin precedentes, los suicidios constituyen, felizmente, un porcentaje muy bajo. Pues los pueblos no tienen la costumbre de ir a buscar en el suicidio un refugio, sino que se alivian de las cargas insoportables por la revolución. Por otra parte, ¿quién se indigna a causa de las víctimas de la revolución socialista? Casi siempre son, precisamente, los que han preparado y glorificado las víctimas de la guerra imperialista, o, por lo menos los que se han acomodado fácilmente a la guerra. Podíamos también preguntar nosotros: ¿Está justificada la guerra? ¿Qué nos ha dado? ¿Qué nos ha enseñado?

En sus once volúmenes de difamación contra la gran Revolución francesa, el historiador reaccionario Hipólito Taine describe, no sin alegría maligna, los sufrimientos del pueblo francés en los años de la dictadura jacobina y los que la siguieron. Fueron, sobre todo, penosos para las capas inferiores de las ciudades, los plebeyos, que, como *sans-culottes*, dieron a la Revolución lo mejor de su alma. Ellos o sus mujeres pasaban noches frías en las colas para volver al día siguiente, con las manos vacías, al hogar helado. En el décimo año de la Revolución. París era más pobre que antes de la insurrección. Datos cuidadosamente escogidos, artificiosamente completados, sirven a Taine para fundamentar su veredicto destructor contra la Revolución. «¡Mirad los plebeyos, querían ser dictadores y han caído en la miseria!» Es difícil imaginar un moralista más chabacano; en primer lugar, si la revolución hubiera arrojado el país en la miseria, la culpa recaería, ante todo, sobre las clases dirigentes, que habían empujado al pueblo a la revolución. En segundo lugar, la gran Revolución francesa no se agotó en las colas del hambre, ante las panaderías. Toda la Francia moderna, bajo ciertos respectos, toda la civilización moderna, han salido del baño de la revolución francesa.

En el curso de la guerra civil de los Estados Unidos, murieron 600,000 hombres. ¿Se han justificado estas víctimas? ¡Bajo el punto de vista del dueño americano de esclavos y de las clases dominantes de la Gran Bretaña, no! ¡Del punto de vista del negro y del obrero británico, completamente! Y desde el punto de vista del desarrollo de la Humanidad, en su conjunto, no nos ofrece la menor duda. De la guerra civil del año 60 han salido los Estados Unidos actuales, con su iniciativa práctica y veloz, la técnica racionalizada, el auge económico. Sobre estas conquistas del americanismo, la Humanidad edificará la nueva sociedad.

La Revolución de Octubre ha penetrado más profundamente que todas las precedentes en el sagrario de la sociedad en las relaciones de propiedad. Así es que se precisarán plazos tanto más amplios para que se manifiesten las fuerzas creadoras en todos los dominios de la vida. Pero la orientación general del cambio es ya, desde ahora, clara: la República de los Soviets no tiene por qué agachar la cabeza ni emplear el lenguaje de la excusa ante sus acusadores capitalistas. Para apreciar el nuevo régimen desde el punto de vista del desarrollo humano, se ha de plantear, ante todo, esta cuestión

¿de qué manera se exterioriza el progreso social y cómo se puede medir? El criterio más objetivo, el más profundo y el más indiscutible es: el progreso puede medirse por el crecimiento de la productividad del trabajo social. La estimación de la Revolución de Octubre, bajo este ángulo, ha sido dada ya por la experiencia. Por primera vez en la historia, el principio de organización socialista ha demostrado su capacidad suministrando resultados de producción jamás obtenidos en un corto período. En cifras de índole global, la curva del desarrollo industrial de Rusia se expresa como sigue: Pongamos para el año 1913, el último año de anteguerra, el número 100. El año 1920, fin de la guerra civil, es también el punto más bajo de la industria: 25 solamente, es decir, un cuarto de la producción de anteguerra; 1925, un acrecentamiento hasta 75, es decir, tres cuartos de la producción de anteguerra; 1929, aproximadamente 200; 1932, 300, es decir, el triple que en vísperas de la guerra. El cuadro aparecerá todavía más claro a la luz de los índices internacionales. De 1925 a 1932 la producción industrial de Alemania ha disminuido aproximadamente vez y media; en América, aproximadamente, ha alcanzado el doble; en la Unión Soviética ha ascendido a más del cuádruple. Las cifras no pueden ser más elocuentes.

De ninguna manera pienso negar o disimular los lados sombríos de la economía soviética. Los resultados de los índices industriales están extraordinariamente influenciados por el desarrollo desfavorable de la economía agraria, es decir, del dominio que aun no ha entrado en los métodos socialistas; pero que fué arrastrado, al mismo tiempo, a la vía de la colectivización, sin preparación suficiente, más bien burocrática que técnica y económicamente. Es ésta una gran cuestión que, sin embargo, rebasa los límites de mi conferencia.

Las cifras índices presentadas requieren todavía una reserva esencial: los éxitos indiscutibles y brillantes, a su manera, de la industrialización soviética exigen una verificación económica ulterior, desde el punto de vista de la armonía recíproca de los diferentes elementos de la economía, de su equilibrio dinámico y, por consiguiente, de su capacidad de rendimiento. Aquí son inevitables grandes dificultades y aun retrocesos. El socialismo no surge, en su forma acabada, del Plan Quinquenal como Minerva de la cabeza de Júpiter o Venus de la espuma del mar. Nos hallamos todavía ante décadas de trabajo obstinado, de faltas, de correcciones y de reconstrucción. Por otra parte, no olvidemos que la edificación socialista no puede alcanzar su coronamiento más que sobre el palenque internacional. Pero aun el balance económico más desfavorable de los resultados obtenidos hasta el presente no podría revelar otra cosa que la inexactitud de los cálculos preliminares, las faltas del plan y los errores de la dirección; pero en ningún caso contradecir el hecho establecido empíricamente: la posibilidad de elevar el trabajo colectivo a una altura jamás conocida con ayuda de métodos socialistas. Esta conquista, de una importancia histórica mundial, nadie ni nada nos la podrá arrebatarnos.

Después de lo que queda dicho, casi no vale la pena perder el tiempo para contestar esos lamentos, según los cuales la Revolución de Octubre ha conducido a Rusia al ocaso de la cultura. Tal es la voz de las clases reincidentes y de los salones inquietos. La «cultura» aristocrática burguesa derrocada por la revolución proletaria no era más que un complemento de la bar-

barie. En tanto que fué inaccesible al pueblo ruso, poco nuevo aportó al tesoro de la Humanidad. Pero también en lo que concierne a esta cultura, tan llorada por la emigración blanca, se debe precisar la cuestión: ¿en qué sentido ha sido destruída? En un solo sentido: el monopolio de una pequeña minoría sobre los bienes de la cultura ha quedado deshecho. Pero, en cambio, todo lo que era realmente cultural en la antigua cultura rusa permanece intacto. Los «hunos» bolcheviques no han pisoteado ni las conquistas del pensamiento ni las obras del arte. Por el contrario, han restaurado cuidadosamente los monumentos de la creación humana y los han puesto en orden ejemplar. La cultura de la monarquía, de la nobleza y de la burguesía se ha convertido, al presente, en la cultura de los museos históricos. El pueblo visita con fervor estos museos, pero no vive en los museos. Aprende, construye. El solo hecho que la Revolución de Octubre haya enseñado al pueblo ruso, a los numerosos pueblos de la Rusia zarista, a leer y a escribir tiene incomparablemente más importancia que toda la cultura en conserva de la Rusia de antaño. La Revolución rusa ha creado la base de una nueva cultura, destinada no a los elegidos, sino a todos. Las masas del mundo entero lo sienten: de ahí su simpatía por la Unión Soviética, tan ardiente como era antes su odio contra la Rusia zarista.

Queridos oyentes: Vosotros sabéis que el lenguaje humano representa un instrumento irremplazable, no solamente porque designa las cosas y los hechos, sino también porque los estima. Descartando lo accidental, lo episódico, lo artificial, absorbe lo real, lo característico. Notad con qué sensibilidad las lenguas de las naciones civilizadas han distinguido dos épocas en el desarrollo de Rusia. La cultura aristocrática aportó al mundo barbarismos tales como zar, cosaco, pogrom, ukase, nagaica. Conocéis estas palabras y sabéis su significado. Octubre aportó a todas las lenguas del mundo palabras tales como bolchevique, soviet, koljós, gosplan, piatiletka. ¡Aquí la lingüística práctica rinde su juicio histórico supremo!

La significación más profunda—y que más difícilmente ha sido sometida a una prueba inmediata—de toda revolución, consiste en que forma y temple el carácter popular. La representación del pueblo ruso como un pueblo, lento, pasivo, melancólico, místico, está muy extendida, y ello no es debido a la casualidad. Tiene sus raíces en el pasado. Sin embargo, todavía no son suficientemente tomadas en consideración en Occidente las modificaciones profundas que la Revolución de Octubre ha introducido en el carácter del pueblo ruso. ¿Y podía esperarse otra cosa? Todo hombre que tenga una experiencia de la vida puede despertar en su memoria la imagen de un adolescente cualquiera, conocido de él, que—impresionable, lírico, sentimental, en fin—se transforma más tarde, de un solo golpe, bajo la acción de un fuerte choque moral, en un muchacho fuerte, bien templado, hasta el punto de quedar completamente desconocido. En el desarrollo de toda una nación, la revolución realiza transformaciones morales análogas. La insurrección de Febrero contra la autocracia, la lucha contra la nobleza, contra la guerra imperialista, por la paz, por la tierra, por la igualdad nacional, la insurrección de Octubre, el derrocamiento de la burguesía y de los partidos con tendencias a sostenerla, tres años de guerra civil sobre un frente de 8,000 kilómetros, los años de bloqueo, de miseria, de hambre, de epidemias, los años de tensa edificación económica, las nuevas dificultades y privaciones, todo

esto integra una ruda, pero buena escuela. Un pesado martillo hará polvo el vidrio; pero, en cambio, forja el acero. El martillo de la revolución forja el acero del carácter del pueblo.

«¡Quién lo había de creer!» Se debía ya creer. Poco después de la insurrección, uno de los generales zaristas, Zaleski, se escandalizaba de que «un portero o un guardia se convirtiera de pronto en un presidente de Tribunal; un enfermero, en director de hospital; un barbero, en dignatario; un sargento, en comandante supremo; un jornalero, en alcalde; un aserrador, en director de empresa».

«¡Quién lo había de creer!» Se debía ya creer. Pase que no se creyera en tanto que los sargentos batían a los generales; el maestro, antes jornalero, rompía la resistencia de la vieja burocracia; el lampista ponía orden en los transportes; el aserrador, ahora director, restablecía la industria. «¡Quién lo había de creer!» Que se trate ahora de no creer...

Para explicar la paciencia desasostumbada que las masas populares de la Unión Soviética demostraron en los años de la revolución, muchos observadores extranjeros recurren, ya por hábito, a la pasividad del carácter ruso. ¡Grosero anacronismo! Las masas revolucionarias soportaron las privaciones pacientemente, pero no pasivamente. Ellas construyen con sus propias manos un porvenir mejor, y quieren crearlo a cualquier precio. Que el enemigo de clase trate solamente de imponer a estas masas pacientes, desde fuera, su voluntad. ¡No, más vale que no lo intente!...

Para terminar, tratemos de fijar el lugar de la Revolución de Octubre no solamente en la historia de Rusia, sino también en la historia del mundo. Durante el año 1917, en el intervalo de ocho meses, dos curvas históricas convergen. La Revolución de Febrero—este eco tardío de las grandes luchas que se desarrollaron en los siglos pasados sobre el territorio de los Países Bajos, Inglaterra, Francia, casi toda la Europa continental—se une a la serie de las revoluciones burguesas. La Revolución de Octubre proclama y abre la era de la dominación del proletariado. Es el capitalismo mundial quien sufre, sobre el territorio de Rusia, la primera gran derrota. La cadena se rompió por el eslabón más débil. Pero es la cadena, y no solamente el eslabón, lo que se rompió.

El capitalismo como sistema mundial se sobrevive históricamente. Ha terminado de cumplir su misión esencial: la elevación del nivel del poder y de la riqueza humanos. La Humanidad no puede estancarse en el peldaño alcanzado. Sólo un poderoso empuje de las fuerzas productivas y una organización justa, planificada, es decir, socialista, de producción y distribución, puede asegurar a los hombres—a todos los hombres—un nivel de vida digno y conferirles al mismo tiempo el sentimiento inefable de la libertad frente a su propia economía. De la libertad en dos órdenes de relaciones; primeramente, el hombre no se verá ya obligado a consagrar su vida entera al trabajo físico. En segundo lugar, ya no dependerá de las leyes del mercado, es decir, de las fuerzas ciegas y oscuras que obran fuera de su voluntad. El hombre edificará libremente su economía, esto es, con arreglo a un plan, compás en mano. Ahora se trata de radiografiar la anatomía de la sociedad, de descubrir todos sus secretos y de someter todas sus funciones a la razón y a la voluntad del hombre colectivo. En este sentido, el socialismo entraña una nueva etapa en el crecimiento histórico de la Humanidad. A nuestro

antepasado, armado por primera vez de un hacha de piedra, toda la naturaleza se le presenta como una conjuración de un poder misterioso y hostil. Más tarde, las ciencias naturales, en estrecha colaboración con la tecnología práctica, iluminaron la naturaleza hasta en sus más profundas obscuridades. Por medio de la energía eléctrica, el físico elabora su juicio sobre el núcleo atómico. No está lejos la hora en que—como en un juego—la ciencia resolverá la quimera de la alquimia, transformando el estiércol en oro y el oro en estiércol. Allá donde los demonios y las furias de la naturaleza se desataban, reina ahora, cada vez con más energía, la voluntad industriosa del hombre.

Pero en tanto que el hombre lucha victoriosamente con la naturaleza, ¿edificará a ciegas sus relaciones con los demás, casi igual que las abejas y las hormigas? Con retraso y por demás indeciso, se encara con los problemas de la sociedad humana. Empezó por la religión, para pasar después a la política. La Reforma trajo el primer éxito del individualismo y del racionalismo burgués en un dominio donde venía imperando una tradición muerta. El pensamiento crítico pasó de la Iglesia al Estado. Nacida en la lucha contra el absolutismo y las condiciones medioevales, la doctrina de la soberanía popular y de los derechos del hombre y del ciudadano se amplía y robustece. Así se formó el sistema del parlamentarismo. El pensamiento crítico penetró en el dominio de la administración del Estado. El racionalismo político de la democracia significó la más alta conquista de la burguesía revolucionaria.

Pero entre la naturaleza y el Estado se interpone la economía. La técnica ha libertado al hombre de la tiranía de los viejos elementos: la tierra, el agua, el fuego y el aire para someterle, acto seguido a su propia tiranía. La actual crisis mundial testimonia, de una manera particularmente trágica, cómo este dominador altivo y audaz de la naturaleza permanece siendo el esclavo de los poderes ciegos de su propia economía. La tarea histórica de nuestra época consiste en substituir el juego anárquico del mercado por un plan razonable, en disciplinar las fuerzas productivas, en obligarlas a obrar en armonía, sirviendo dócilmente a las necesidades del hombre. Solamente sobre esta nueva base social el hombre podrá enderezar su espalda fatigada, y no ya sólo los elegidos, sino todos y todas, llegar a ser ciudadanos con plenos poderes en el dominio del pensamiento. Sin embargo, esto no es todavía la meta del camino. No, esto no es más que el principio. El hombre se considera el coronamiento de la creación. Tiene para ello sí, ciertos derechos. ¿Pero quién se atreve a afirmar que el hombre actual sea el último representante, el más elevado de la especie homo sapiens? No, físicamente, como espiritualmente, está todavía muy lejos de la perfección este aborto biológico, de pensamiento enfermizo y que no se ha creado ningún nuevo equilibrio orgánico.

Verdad es que la Humanidad ha producido más de una vez gigantes del pensamiento y de la acción que sobrepasaban a sus contemporáneos como cumbres en una cadena de montañas. El género humano tiene perfecto derecho a estar orgulloso de sus Aristóteles, Shakespeare, Darwin, Beethoven. Goethe, Marx, Edison, Lenín. ¿Pero por qué estos hombres son tan escasos? Ante todo, porque han salido, casi sin excepción, de las clases elevadas y medias. Salvo raras excepciones, los destellos del genio quedan ahogados

en las entrañas oprimidas del pueblo, antes de tener la posibilidad de brotar. Pero también porque el proceso de generación, de desarrollo y de educación del hombre permaneció y permanece siendo en su esencia obra del azar, no elaborado por la teoría y la práctica, no sometido a la conciencia y a la voluntad.

La antropología, la biología, la fisiología, la psicología han reunido verdaderas montañas de materiales para erigir ante el hombre, en toda su amplitud, las tareas de su propio perfeccionamiento corporal y espiritual y de su desarrollo ulterior. Por la mano genial de Siegmund Freud, el psicoanálisis levantó la tapadera del pozo que, poéticamente, se llama el alma del hombre. ¿Y qué nos ha revelado? Nuestro pensamiento consciente no constituye más que una pequeña parte en el trabajo de las oscuras fuerzas psíquicas. Buzos sabios descienden al fondo del océano y fotografían la fauna misteriosa de las aguas. Para que el pensamiento humano descienda al fondo de su propio océano psíquico debe iluminar las fuerzas motrices misteriosas del alma y someterlas a la razón y a la voluntad. Cuando haya terminado con las fuerzas anárquicas de su propia sociedad, el hombre se integrará en los morteros, en las retortas del químico. Por primera vez, la Humanidad se considerará a sí misma como una materia prima y, en el mejor de los casos, como un producto mitad físico y mitad psíquico. El socialismo significará un salto del reino de la necesidad al reino de la libertad, en el sentido de que el hombre de hoy, plagado de contradicciones y sin armonía, franqueará la vía hacia una nueva especie más feliz.

Las ideas filosóficas de Lenin

POR

Anatolio Lunacharsky

El rasgo más característico de Lenin—unidad de la teoría y la práctica—se destaca sobre todo el fondo de la actividad de los socialdemócratas de la II Internacional, cuya teoría no es más que una fraseología destinada a encubrir la esterilidad social y la traición de su práctica.

«La unidad de la idea teórica (el conocimiento) y la práctica es justamente la unidad en la teoría del conocimiento». Este notable fragmento filosófico de Lenin atestigua que éste concebía la misma teoría del conocimiento como inseparable de la práctica, la que forma parte de esta teoría. El controlaba incansablemente toda teoría por medio de la práctica y no es por casualidad que en el prólogo de la segunda edición de su folleto «Conservarán el poder los bolcheviques» escribía con satisfacción: «El presente folleto ha sido escrito a fines de Septiembre y terminado el 14 de Octubre de 1917. La revolución del 7 de Noviembre (25 de Octubre) ha convertido en cuestión práctica el problema teórico planteado en el folleto. Ahora no es con palabras sino con hechos con los que hay que responder a esa pregunta. Nuestra tarea actual es demostrar por medio de la actividad de la clase más avanzada—el proletariado—la vitalidad del gobierno de los obreros y campesinos. Al trabajo, sobre el trabajo; la causa de la revolución socialista mundial debe vencer y vencerá.» (1) Lenin expresa aquí que ya no hay más tiempo para discutir sobre la revolución, que es mucho más interesante hacer las revoluciones que escribir acerca de ellas. Pero él escribía sobre ellas a fin de llevarlas a la práctica en la mejor forma.

La máxima «el marxismo no es un dogma, sino un guía para la acción», era la preferida de Lenin. De más está decir que esta máxima no se aplica para nada a la producción teórica de la II Internacional, cuya charla reformista tiende a privar al proletariado de la posibilidad de actuar.

Pero esta máxima es característica en sumo grado para el leninismo, ese «marxismo de la época del imperialismo y de la revolución proletaria», en que decenas de millones de hombres del proletariado internacional ha sido arrastrados a la lucha activa contra el capitalismo, en que el proletariado ha vencido ya a su enemigo en la sexta parte del globo terráqueo y en que las otras cinco sextas partes han entrado ya en un período de combates decisivos contra el sistema capitalista.

EN EL «MATERIALISMO Y EMPIRIOCRITICISMO», LENIN HIZO LA DEFENSA DEL MATERIALISMO

En su obra *Materialismo y Empirio criticismo* (Notas críticas sobre una filosofía reaccionaria), emprendió Lenin, con toda la grandeza de su genio, la defensa del materialismo. El mismo señalaba la diferencia entre los fines de su trabajo de análisis y el de las obras de Marx y Engels, no obstante la absoluta similitud de los puntos de partida y de toda la concepción filosófica en general. Marx y Engels estaban obligados a menudo a combatir, en sus

— 39 —

obras de filosofía y artículos filosóficos, a los materialistas metafísicos vulgares; por eso es que acentuaban tanto el carácter dialéctico de su concepción del mundo, es decir, aquello que los distinguía precisamente del materialismo vulgar de Buchner, de Vogt, etc. El libro de Lenin fué escrito para defender el materialismo contra distintas concepciones conciliadoras que ocultaban su esencia subjetiva, idealista, tras un así denominado positivismo, bajo diferentes formas de eclecticismo y tras toda clase de coquetos con el «realismo ingenuo», etc.

Lenin demostró hasta la evidencia que todas las formas del positivismo, del empirio criticismo, del «machismo», son todas formas del idealismo y que ellas no tienen ni pueden tener relación alguna con el materialismo dialéctico. Era necesario demostrarlo porque el pensamiento filosófico cauteloso y embrollado de Avenarius, de Mach y sus partidarios, había seducido a cierto número de marxistas en Rusia y en el extranjero.

EL MATERIALISMO REHUSA Oponer EL Fenómeno A LA Cosa

Para definir la naturaleza misma del materialismo, cita Lenin la obra de Engels, «Ludwig Feuerbach»: «El mundo material que percibimos (por medio de nuestros sentidos) y al que nosotros mismos pertenecemos, es el único mundo real»; «nuestra conciencia y nuestro pensamiento, por más que nos parezcan estar por encima de nuestros sentidos, son el producto de un órgano material, corpóreo: el cerebro. La materia no es un producto del espíritu, sino el espíritu es el producto supremo de la materia.» (2)

El materialismo, subraya Lenin, rehusa oponer el fenómeno a la cosa; «Toda diferencia misteriosa, sutil, artificiosa entre el fenómeno y la «cosa en sí», es simplemente una pampirolada filosófica. En verdad, cada hombre ha observado millones de veces la simple y evidente transformación de la «cosa en sí» en este fenómeno, en «cosa para nosotros». La transformación no es sino el conocimiento.» (3)

Pero ella puede tomar dos caminos: uno verdadero, otro falso: «El primer postulado de la teoría del conocimiento consiste, indudablemente, en que las sensaciones son las únicas fuentes del conocimiento. Aceptando este principio, Mach embrolla el segundo postulado importante: la realidad objetiva dada a los hombres en sus sensaciones y que es la fuente de las sensaciones del hombre. Partiendo de las sensaciones, se puede tomar el camino del subjetivismo que lleva al solipsismo («los cuerpos son complejos o combinados de sensaciones»), o bien se puede tomar el camino del objetivismo que conduce al materialismo (las sensaciones son las imágenes de todo el mundo exterior). Para el primero de estos dos puntos de vista el agnosticismo o si se lleva más lejos aún, el idealismo subjetivo, no existe verdad objetiva. Para el segundo punto de vista, el materialismo, lo esencial es reconocer una verdad objetiva.» (4).

LAS DOS TESIS DEL MATERIALISMO

El materialismo se basa sobre las dos tesis siguientes: el mundo objetivo existe, es uno; es la materia en su infinita diversidad. Todo hombre forma parte de este mundo. Su conciencia, así como la conciencia en general es

propiedad de la materia superiormente organizada. La conciencia del hombre refleja las cosas reales del mundo que lo rodea y sus relaciones mutuas. Ella las refleja en forma aproximada, pero esta aproximación, es cada vez más precisa. Lenin dice al respecto: «Para un materialista, el mundo es más rico, más vivo y variado de lo que se le aparece (es decir, que ante nuestra conciencia, no aparece sino en una determinada etapa de su desarrollo A. L.); cada paso en el progreso de la ciencia, descubre en el mundo nuevos aspectos» (5).

Como ya hemos dicho, el fin principal de la obra filosófica más importante de Lenin era defender el materialismo contra el idealismo encubierto que intentaba minar sus incommovibles fundamentos. Lenin concedía precisamente una enorme importancia a esta esencia dialéctica del materialismo de Marx. Para Lenin, la materia no es algo inerte, inmóvil en su naturaleza misma y que necesite de un impulso proveniente del exterior, de una especie de movimiento inmaterial, una fuerza o energía. El movimiento no es asimismo para Lenin, un simple desplazamiento mecánico en el espacio que se cumpliría por medio de un impulso de una resistencia, repercusión, etc., como lo habían supuesto los materialistas mecanicistas. Para Lenin, la materia y el movimiento se fusionan. La materia, del materialismo dialéctico, es algo que evoluciona y es preciso comprender su movimiento como todas sus transformaciones infinitamente variadas. La transformación es inherente a la materia como tal. La materia no puede quedar nunca y, en ninguna parte, inmutable. Todo lo que es materia está continuamente en proceso de cambio y este proceso tiene siempre el carácter de una entidad dada en partes contradictorias. El desdoblamiento de una entidad y el conocimiento de sus partes contradictorias, es una de las esencias fundamentales, sino la fundamental, de las particularidades de la dialéctica». (6)

«La identidad de los contrarios continúa Lenin, es el reconocimiento de las tendencias contrarias que se excluyen unas a las otras en todos los fenómenos y en todos los procesos de la naturaleza, comprendidos en ella el espíritu y la sociedad. Para concebir ampliamente todos los procesos del mundo en su «autodinámica», en su evolución espontánea, en su verdadera vida, es preciso conocerlos como un todo formado de contrarios. La evolución es la lucha de los principios opuestos.» (7)

Cuando Lenin plantea en sus apuntes sobre «La dialéctica» principios generales de una importancia considerable, insiste ante todo sobre el concepto de la evolución. «Hay dos maneras de concebir la evolución: la evolución como reducción y aumento, como repetición, o esa misma evolución como unidad de contrarios (desdoblamiento de lo que es uno en principios que se excluyen, en relaciones entre estos principios opuestos). Si aceptamos la primera concepción del movimiento, la autodinámica queda en la sombra, no apercibimos la fuerza motriz, la fuente, el motivo (a menos que se la refiera a una causa exterior, invocando un «dios», un ser-sujeto, etc.). La otra concepción nos lleva a buscar, sobre todo, la fuente de la autodinámica. La primera concepción es débil, estéril, árida. La segunda es vivaz y creadora. Únicamente esta última nos explica la «autodinámica» de todo lo que existe, nos da la llave de los «movimientos bruscos», de las «rupturas

de continuidad», de las conversiones de sentidos; únicamente ella nos hace comprender la destrucción de las cosas viejas y el nacimiento de las nuevas». (8)

En esas mismas notas, Lenin da indicaciones sobre el método mismo de la exposición de la dialéctica en general y de la dialéctica de cualquier otro fenómeno aislado. Es necesario transcribir aquí estas líneas geniales: «el subjetivismo (el escepticismo, la sofística, etc.) difiere de la dialéctica, especialmente en que, para el subjetivismo, lo relativo no es más que relativo y excluye lo absoluto; la dialéctica, en cambio (objetiva), dice que la diferencia entre lo relativo y lo absoluto no es más que relativa y que, dentro de lo relativo, existe lo absoluto. Marx, en «El Capital», primero analiza lo que hay de simple, habitual, fundamental y frecuente en las masas y en la vida cotidiana, aquello que se encuentra a cada instante, las relaciones de cambios comerciales en el régimen burgués, el cambio de mercancías. Su análisis descubre en este fenómeno elemental (nacido de la «célula» de la sociedad burguesa) todos los antagonismos (o gérmenes de todos los antagonismos) de la sociedad contemporánea. Su exposición nos describe en seguida la evolución (crecimiento en movimiento) de los antagonismos y de esta sociedad en la suma de sus partes esenciales desde el comienzo hasta el fin.

LOS METODOS DE EXPOSICION Y DE ESTUDIO DE LA DIALECTICA

Tales son los métodos de exposición o de estudio de la dialéctica en general (para Marx la dialéctica de la sociedad burguesa no es sino uno de los aspectos particulares de la dialéctica). Aun comenzando por una proposición de las más sencillas y corrientes; las hojas de este árbol son verdes; Juan es un hombre; Médor es un perro, etc., vemos en ellas dialéctica, como lo hacía notar generalmente Hegel. De modo que los contrarios (lo particular oponiéndose a lo general) son idénticos: lo particular no existe más que en la medida en que se relaciona con lo general. Lo general no existe más que por lo particular, a través de lo particular. Toda cosa particular, tiene, de alguna manera, su carácter de general. Toda generalidad puede reducirse a una parcela, a un aspecto, o a la esencia de lo particular. La generalidad no engloba más que aproximadamente los objetos particulares. Lo particular no entra íntegramente en lo general. Y así sucesivamente. Toda cosa particular se relaciona, por millares de interferencias, con particularidades de otra especie (cosas, fenómenos, procesos). (9)

La profundidad filosófica de estas fórmulas de Lenin es indudable. Pero ello no solamente, tiene importancia filosófica general; tiene igualmente sumo valor para los estudios literarios. Todo literato que sea un marxista deberá plantear el problema de la unidad de lo «general» y de lo «particular» al tratarse de categorías tan importantes de la ciencia literaria como el estilo o el género. Plantear el problema de la unidad de los contrarios, aplicándolo a la creación de tal o cual escritor, significa explicar las contradicciones interiores y establecer en su seno un principio de dominio organizador.

ADQUISICION GRADUAL DE LA VERDAD

Lenin concedía mucha importancia a la teoría de Engels sobre la adquisición gradual de la verdad por la humanidad. Esta teoría establece, según Vladimir Ilitch, una línea muy neta de demarcación entre el dogmatismo inerte, por un lado y el relativismo que niega la verdad objetiva, por el otro. Aquí no hacemos más que una exposición sumaria del materialismo de Lenin como base para las conclusiones sobre métodos de creación de un estudio literario marxista-leninista. Creemos oportuno citar, a ejemplo de Lenin, estas ideas importantes de Engels: «La soberanía del pensamiento se realiza en nombre de gente cuyo pensamiento no tiene nada de soberano; el conocimiento ejerciendo un derecho absoluto sobre la verdad se realiza en numerosos errores contingentes (relativos); ni uno ni otro (ni el conocimiento auténtico ni el pensamiento soberano), pueden realizarse más que en la duración infinita de la vida humana...» «Hemos aquí nuevamente en presencia de la contradicción, ya encontrada precedentemente, del carácter del pensamiento humano que nos parece necesariamente absoluto y de su realización en individuos cuyo pensamiento es limitado. Esta contradicción no puede ser resuelta más que por la sucesión de las generaciones humanas que nos parece, por lo menos en la práctica, infinita. En este sentido, el pensamiento del hombre es tan soberano como desprovisto de soberanía y su facultad de conocer es tan ilimitada como limitada. Ellos son soberanos e ilimitados (por su organización), por su naturaleza, por su vocación, sus posibilidades y por su fin histórico último. Ellos son limitados y carentes de soberanía por su realización distinta, por la realidad en el tiempo en tal o cual momento». (10)

LA DIALECTICA ES INHERENTE AL CONOCIMIENTO HUMANO

Lenin afirma que la dialéctica es, en general, inherente al conocimiento humano, porque la misma naturaleza vive de una manera dialéctica. En ella se observan continuas transiciones, interferencias, ligazones recíprocas de los contrarios. No obstante, el hombre no llega sino accidentalmente—y, únicamente, en las condiciones favorables—a tener conciencia de las propiedades dialécticas de su pensamiento. Por el contrario, muy a menudo sus intereses de clase o los intereses de aquellos que lo gobiernan, destruyen totalmente la dialéctica que vive en la actividad de su cerebro y la reemplazan por los métodos de reflexión inertes, metafísicos. Es recién ahora, con la victoria del proletariado sobre la burguesía, que triunfa definitivamente el pensamiento naturalmente dialéctico del hombre, deformado por el régimen social de la propiedad. Esto se verificará en todos los dominios de la ciencia y de la creación y también en el estudio de la literatura y la literatura misma. Todos los marxistas son partidarios de la opinión que afirma que la teoría de Marx es una verdad objetiva. Esto significa que nos acercamos cada vez más a la verdad objetiva (sin agotarla jamás); cualquier otro camino que siguiéramos nos conduciría a la mentira y a la confusión.»

El materialismo dialéctico no hace pasivo al hombre; por el contrario, realza en el más alto grado la actividad del hombre.

TODA IDEOLOGIA ES HISTORICAMENTE RELATIVA

«El hecho de que en tal o cual momento, en tales o cuales condiciones hayamos progresado en este conocimiento de la naturaleza de las cosas al punto de descubrir los electrones en el átomo, es históricamente relativo; pero lo que no es del todo relativo es que todo descubrimiento de ese género constituye un progreso del «conocimiento objetivo absoluto».

En una palabra, toda ideología es históricamente relativa, pero es un hecho absoluto el que a cada ideología científica (contrariamente a lo que se produce por ejemplo, por una ideología religiosa), corresponde una verdad objetiva, una naturaleza absoluta. Esta distinción entre la verdad absoluta y la verdad relativa es vaga, diréis. Yo os respondería: ella es justamente bastante «vaga» como para impedir que la ciencia se convierta en un dogma en el peor sentido de esta palabra, una cosa muerta, fija, osificada; pero ella es lo suficientemente precisa para trazar una línea decisiva e imborrable entre nosotros y el fideísmo, el agnosticismo, el idealismo filosófico, la sofística de los adeptos de Hume y Kant.

«En Engels toda la práctica humana real hace irrupción en la teoría misma del conocimiento, suministrando un criterio objetivo de la verdad.

Mientras ignoremos una ley de la naturaleza, esa ley, actuando fuera de nuestro conocimiento, nos convierte en esclavos de la «ciega necesidad». Desde el instante en que conocemos esta ley actuando (como lo repite Marx miles de veces) independientemente de nuestra voluntad y de nuestra conciencia, somos dueños de la naturaleza. La dominación de la naturaleza, realizada en la práctica de la humanidad, es el resultado del reflejo, objetivamente exacto, en la cabeza del hombre, de los fenómenos y de los procesos de la naturaleza y constituye la mejor prueba de que este reflejo (en los límites que nos asigna la práctica), es una verdad objetiva, absoluta, eterna.» (11)

EL MATERIALISMO DIALECTICO, METODO OBJETIVO

No se puede investigar la verdad objetiva más que sirviéndonos de un método objetivo cual el materialismo dialéctico. Este método es, al mismo tiempo, un método de partido, de clase. Este carácter se explica por el hecho de que la clase burguesa dominante y la ciencia burguesa que dependen de ella, no pueden ser objetivas, porque la verdad objetiva se opone a los intereses y a la existencia misma de la burguesía.

Esta es una tesis muy importante, que nos permite determinar nuestra posición frente a la ciencia oficial contemporánea del mundo burgués (entre otros, en el dominio del estudio de la literatura). Lenin dice a este respecto: «Desde el momento que se trata de filosofía, no se puede creer a ninguno de esos profesores, capaces de efectuar los trabajos más preciosos en los dominios particulares de la química, de la historia, de la física. ¿Por qué? Por la misma causa por la que no se puede creer ni una sola palabra—desde el instante en que se trate de la teoría general de la economía política—a

ningún profesor de economía política, capaz, por lo demás, de suministrar preciosos trabajos en el dominio de las investigaciones especiales basadas sobre hechos, porque esta última, tanto como la gnoseología en nuestra sociedad contemporánea, es una ciencia de partido. Los profesores de economía política no son, por lo general, más que sabios de la clase capitalista; los profesores de filosofía no son sino los sabios de los teólogos». (12)

La profunda objetividad de Lenin no terminaba ni en el fatalismo ni en la indiferencia, pero se unía en forma armoniosa con el interés más apasionado por la actualidad.

Lenin luchaba por el estudio científico serio de los hechos y sabía exponerlos en toda su gigantesca diversidad. Las obras de Lenin, tales como «La evolución del capitalismo en Rusia», «Materialismo y empiriocriticismo» o «El Imperialismo, última etapa del capitalismo», reposan sobre vastos materiales, estudiados con profundidad y reelaborados críticamente por Lenin por medio de su método científico. Los trabajos de Lenin, no obstante encerrar análisis infalibles de la realidad social que él estudiaba y a pesar de dar una imagen objetiva de esta última, no han sido jamás objetivos. Es conocida la característica—célebre ya—que Lenin ha dado al «Strouvianismo», una de las corrientes del liberalismo burgués en los años 90, que se cubrió cierto tiempo con los pliegues de la fraseología marxista.

OBJETIVISMO Y MATERIALISMO

«Un objetivista—decía Lenin en su obra «Contenido económico del populismo»—habla de la necesidad de un proceso histórico dado; un materialista constata con exactitud la formación social económica dada y las relaciones antagónicas que ella hará nacer. Un objetivista, cuando prueba la «necesidad» de una serie de hechos, corre siempre el peligro de adoptar el punto de vista del apologista de esos hechos; un materialista descubre los antagonismos de las clases y, por lo mismo, determina su punto de vista. Un objetivista habla de las «tendencias históricas ineluctables», un materialista habla de la clase que «dirige» el sistema económico, creando al mismo tiempo ciertas formas de oposición de parte de las otras clases. Así es como el materialista se muestra, por un lado, más consecuente que el objetivista y prosigue su objetivismo más profundamente, más completamente. No se limita a demostrar la necesidad del proceso, sino que también busca aclarar cual es la formación social y económica que provoca ese proceso, cual es la clase que determina esta necesidad. Por otra parte, el materialismo implica, por así decir, el punto de vista del partido. Obliga a adoptar abiertamente el punto de vista de un grupo social definido». (13)

Sería supérfluo comentar esta cita. Ella caracteriza con suficiente relieve la actitud negativa de Lenin hacia todos los programas y teorías que pretenden mantenerse «fuera de los partidos».

(1) Oeuvres, vol. XXII, p. 66.— (2) Oeuvres, vol. XIII, p. 71.— (3) Ibid., p. 97. — (4) Oeuvres, vol. XIII, p. 103 — (5) Oeuvres, vol. XIII, p. 105. — (6) Oeuvres, vol. XIII, p. 301. — (7) Ibid. — (8) Oeuvres, vol. XIII, p. 301-302. — (9) Oeuvres, vol. XIII, p. 302-303. — (10) Lenine: «Materialisme et Em-

piriocriticisme». Oeuvres, v. XIII, p. p. 109. — (11) Oeuvres, vol. XIII, p. 156. — (12) Oeuvres, vol. XIII, p. 280. — (13) Lenin: «El contenido económico del populismo». Oeuvres, vol. I. p. 275-276.

Trotzky

PAR

André Malraux

Le moteur s'arrêta devant une porte à claire-voie, et aussitôt le battement de la mer toute proche emplit le silence. Enfin, peu à peu avançant dans le rayon de nos phares, derrière un jeune camarade prudent qui portait une torche électrique, montèrent des souliers blancs, un pantalon blanc, une veste de pyjama, jusqu'au col... La tête demeurait dans l'ombre nocturne. J'ai vu quelques-uns des visages où devraient s'exprimer des vies capitales : presque tous sont des visages absents. J'attendais avec plus que de la curiosité ce masque marqué par l'un des derniers grands destins du monde et qui s'arrêtait ébloui, au bord du phare.

Dès que se précisa cet éblouissant fantôme à lunettes, je sentis que toute la force de ses traits était dans sa bouche aux lèvres plates, tendues, extrêmement dessinées, de statue asiatique. Il riait pour mettre à l'aise un camarade, d'un rire de tête qui ne ressemblait pas à sa voix,—un rire qui montrait des dents très petites et très écartées, des dents extraordinairement jeunes dans ce fin visage à la chevelure blanche,—à la fois obligeant et contraint et qui signifiait : « Faisons vite la part de la cordialité, et passons aux choses sérieuses. »

Les choses sérieuses, à cette époque dont, par le séjour en France, l'activité directe se trouvait exclue, c'était, en somme, l'exercice de l'intelligence. Dans le grand bureau où un revolver servait de presse-papier, la présence de Trotzky posait à la pensée l'une des plus fortes questions : le rapport du caractère et du destin.

On prête aux aveugles un jugement très sûr; je crois que c'est parce qu'ils jugent des hommes par leur voix. Certes, rien, ni visage, ni rire, ni démarche, n'exprime un homme, parce que l'homme n'est pas exprimable; mais de tous ces masques troués, c'est assurément le ton de la voix qui livre le plus de chair véritable. Trotzky ne parlait pas sa langue; mais, même en français, le caractère principal de sa voix est la domination totale de ce qu'il dit—l'absence de l'insistance par quoi tant d'hommes laissent deviner qu'ils veulent en convaincre un autre pour se convaincre eux-mêmes, l'absence de volonté de séduction. Les hommes supérieurs ont presque tous en commun, quelle que soit la maladresse de certains à s'exprimer, cette

densité, ce centre mystérieux de l'esprit qui semble venir de la doctrine et qui la dépasse de toutes parts, et que donne l'habitude de considérer la pensée comme chose à conquérir et non à répéter. Dans le domaine de l'esprit, cet homme s'était fait son propre monde et il y vivait. Je me souviens de la façon dont il me dit de Pasternak :

— Presque tous les jeunes Russes le suivent, en ce moment, mais je ne le goûte pas beaucoup. Je ne goûte pas beaucoup l'art des techniciens, l'art pour spécialistes.

— L'art est d'abord pour moi, répondis-je, l'expression la plus haute ou la plus intense d'une expérience humaine valable.

— Je pense que cet art-là va renaître sur toute l'Europe... En Russie, la littérature révolutionnaire n'a pas encore donné une très grande oeuvre.

— La véritable expression de l'art communiste, n'est-ce pas non la littérature, mais le cinéma ? Il y a le cinéma avant et après Potemkine, avant et après La Mère.

— Lénine pensait que le communisme s'exprimerait artistiquement par le cinéma. Pour le Potemkine, la Mère, on m'a beaucoup parlé comme vous. Mais je vais vous dire : ces films, je ne les ai jamais vus. Quand on les a projetés au début, j'étais au front. Plus tard, on en a projeté d'autres ; et, quand on les a repris, j'étais en exil... »

Cet art des débuts du cinéma révolutionnaire, cet art qui par tant de points correspond à sa vie et fait presque partie de sa légende, il ne l'a jamais vu...

— Pourquoi, dis-je, la littérature ne disparaîtrait-elle pas au bénéfice d'un autre art, comme la danse qui exprimait l'art des tribus primitives a été remplacée par nos arts ? Le cinéma, nous le faisons partir de la peinture, mais c'est ce qu'il a, je crois, de moins significatif. Ce qui a tué la danse, c'est l'écriture ; et il y a dans le cinéma une autre façon d'écrire, une façon d'écrire avec autre chose que des mots, qui pourrait bien tuer l'écriture même : le mot tuant la danse, l'image tuant le mot. »

Il sourit.

— Sur la danse, il m'est difficile de vous répondre exactement ; vous pensez bien que je connais peu cette chose techniquement. Mais il me semble que la danse s'est conservée, et qu'elle a seulement évolué. Et qu'elle pourrait bien renaître, même, avec tout ce qu'elle possédait autrefois, mais enrichie... L'humanité n'abandonne pas ce qu'elle a conquis une fois.

— Elle a abandonné huit cents ans au moins des valeurs antiques, et je crois bien que l'homme de l'an 700 aurait eu un sacré mal à comprendre quoi que ce fût à Périclès — et réciproquement. Et la vie spirituelle de l'Égypte antique lui échappe passablement.

— Pour l'Égypte... »

Il l'écarta de la main : il la connaissait manifestement mal.

Mais pour le christianisme, reprit Trotzky, voyez-vous, je me méfie : je pense que nous avons idéalisé beaucoup les premiers temps du christianisme. Il y avait sans doute une grande foule qui ne comprenait pas grand-chose, des mystiques qui étaient moines, et des gens habiles et intéressés qui formaient la majorité de l'Église. »

Recréait-il le christianisme primitif à travers la Russie de sa jeunesse ? Il continua :

— Quand la pape, vous savez, était malade, il se faisait soigner par les médecins et non par les prières... Et puis les valeurs antiques ont disparu, mais elles sont revenues.

— Vous me disiez que l'humanité n'abandonnait pas ce qu'elle avait acquis. Il ne vous est donc pas impossible d'admettre la persistance de l'individualisme dans le communisme ; d'un individualisme communiste aussi différent de l'individualisme bourgeois, par exemple, que celui-ci l'était de l'individualisme chrétien ?

— Voyons, là encore, il faudrait partir de l'économique. Les chrétiens ont pu vivre en fonction de la vie éternelle et ne pas attacher une grande importance à l'individualisme, parce qu'ils étaient très pauvres. Les communistes du plan quinquennal sont un peu dans la même situation, pour d'autres raisons. Les périodes des plans, en Russie, sont nécessairement défavorables à tout individualisme, même communiste...

— Les périodes de guerre sont défavorables de la même façon à l'individualisme bourgeois.

— ... mais après les plans, ou entre les plans, le communisme va appliquer à lui-même l'énergie qu'il applique aujourd'hui à la construction. Je crois que l'esprit du christianisme primitif est inséparable d'une bien grande pauvreté. »

Il est fatigué : son français, plus rapide, devient moins pur, se marque davantage d'un vocabulaire inattendu auquel « bien » pour « très » donne une inflexion singulière.

— Une idéologie purement collective, uniquement collective, est inconciliable avec le minimum de liberté matérielle qu'impliquent le monde moderne et le communisme, à brève échéance. A très brève échéance. »

Accompagné de son fils, je regagnai la ville, abandonnant la villa nocturne où ses disciples se débattaient dans sa pensée ou s'y abandonnaient, obsédés par sa vérité, tandis qu'au-dessus d'eux, il commençait à reposer d'un sommeil de Vieux de la Montagne...

Le lendemain, nous parlâmes de la campagne de Pologne.

— Des spécialistes, en France, prétendent que Toukhatchevsky fut battu parce que la tactique de Weygand consista à changer l'axe de bataille pendant le combat, tactique qu'ignorait le général russe. Je me méfie toujours des spécialistes en ces matières...

— Toukhatchevsky savait que l'axe de bataille peut être changé. La question n'est pas là. Il y eut deux causes à la défaite : premièrement l'arrivée des Français...

— On l'a dit en France d'une façon qui donnait grande envie de n'en rien croire sans plus ample informé.

— Non : c'est vrai. L'état-major français est arrivé dans ce désordre, ce... désordre n'est pas assez dire (il fit avec la main le geste de mêler). Ce n'était pas leur pays, ils n'avaient pas été bousculés depuis le début de la campagne. Ils ont été bien lucides, ils ont examiné les choses à froid.

Deuxièmement : l'armée de Lemberg ne s'est pas dirigée sur Varsovie quand elle devait le faire. Et là est l'essentiel.»

Je sais que Staline était à l'armée de Lemberg.

Mais de toute façon, c'était une aventure. J'étais opposé à cela. Nous l'avons fait, en définitive, parce que Lénine a insisté, surtout a cause du proletariat polonais qu'il était difficile de bien évaluer a cette époque. Ajoutez qu'une armée révolutionnaire est toujours bien nerveuse; quand elle est éloignée de sa base, elle peut être démoralisée par l'échec, surtout après une série de victoires.

—C'est à cela que vous attribuez la défaite de l'armée rouge après ses succès dans la guerre d'occupation ?

—Oui. Dans la guerre d'occupation (il écarta les doigts comme pour figurer des rayons) nous étions plus forts parce que nos forces rayonnaient du centre, Moscou.

—L'armée rouge, actuellement, peut-elle tenir contre une armée européenne ou japonaise industriellement ou chimiquement ?

—Elle peut se trouver très vite au niveau de n'importe laquelle. Mais l'armée japonaise n'est pas du tout ce que l'on croit en Europe. Vous croyez que c'est l'armée allemande de 1913 ; c'est plutôt l'armée d'une nation européenne de second ordre. C'est une armée qui n'a nullement donné sa mesure, qui n'a jamais combattu une véritable armée d'Occident.

—J'entends bien que, pour la Russie, la guerre russo-japonaise fut une guerre coloniale alors qu'elle était pour le Japon une guerre nationale. Mais le transsibérien n'en est pas moins un chemin de fer à voie unique aujourd'hui encore. Sans doute la Russie essaierait-elle de mettre le Japon dans la même situation qu'elle, en ne combattant pas en Mandchourie ?

—Je pense que nous combattrions sur le Baikal. »

Pour la première fois, il disait : « Nous ». Le visage était plus intense comme si son attention s'était ramassée ; il venait de perdre ce minimum de distraction qu'il y a dans toute conversation, même attentive. Peut-être n'y avait il là que la pensée, l'intensité des choses longuement, souvent méditées. Je me méfiai de ce Kremlin, de cette armée rouge qui venaient d'envahir la pièce ouverte sur les pins parasols et les arbres brûlés, par la seule puissance de ce qu'une vie historique traîne après elle, alors même qu'elle ne s'y complait pas. Je pensai a Duplex mourant dans sa petite chambre de Paris, ruiné et humilié, transformé en perpétuel solliciteur, mais mourant sur l'oreiller boursé de ses cartes des Indes.

—Pourtant, reprit-il, il serait dangereux pour un gouvernement aussi autoritaire que celui-là (il veut dire : le russe) de se retirer si loin...

—Bessedovsky, dans ses Mémoires—qui m'inspirent évidemment une confiance relative—affirme que Staline abandonnerait jusqu'à Irkoutsk pour avoir les mains libres dans la Révolution chinoise.

—Je ne le crois pas. A des discours d'un quelconque Bessedovsky, l'autre, exaspéré, a pu répondre cela; (l'autre, c'est Staline) mais c'était une façon de parler. Et puis, il ne s'agit pas de faire la guerre en Sibérie avec l'armée rouge seulement. De plus, le premier ennemi du Japon n'est pas l'U.R.S.S. Que Roosevelt réussisse ou échoue, il va être contraint à trouver de nouveaux débouchés.

—Il y a l'Amérique Latine.

—C'est déjà fait. Et ça ne suffira pas. Les Américains abandonnent de plus en plus le principe de la porte ouverte en Chine. Ils vont être amenés à prendre la Chine, purement et simplement. Ils diront : « Les autres nations ont toutes les colonies, la plus grande nation économique du monde doit en avoir aussi. » Qui les en empêchera ? L'Europe sera assez occupée. La Chine colonie américaine, la guerre avec le Japon est inévitable.»

Après le dîner, tandis que les autres mangeaient, nous marchâmes dans le jardin. Le soir tombait, le même beau soir qu'hier ; la chaux des maisons éparées dans la campagne, ou dans les trous de la forêt déjà noire, était d'un blanc bleuâtre, à vague aspect de phosphorescence mate. La conversation fut moins tendue, moins rigoureuse. Il me parla du Lénine auquel il allait travailler, un ouvrage de l'importance de Ma Vie,—qu'il n'aime pas—où il reprendrait tous les thèmes de philosophie et de tactique sur lesquels il ne s'est pas encore expliqué. Passa un chat, qui fila aussitôt : l'un des chiens-loups de Trotsky se balladait avec nous.

—Est-ce vrai que Lénine aimait beaucoup les petits chats ? Vous savez que Richelieu en avait toujours sur sa table une corbeille pleine...

—Pas spécialement les chats: tout ce qui était petit. Surtout les enfants. Peut-être parce qu'il n'en avait pas. Il adorait vraiment les enfants. En art, ses goûts étaient nettement tournés vers le passé. Mais il disait des artistes : « Il faut les laisser faire ».

—Attendait-il du communisme un nouveau type humain, ou prévoyait-il dans ce domaine une certaine continuité ?

Trotsky réfléchit. Nous marchions en face de la mer, qui tapait tranquillement sur les rochers, dans une paix absolue.

—Un homme nouveau, répondit-il certainement, Pour lui, les perspectives du communisme étaient infinies. »

Il réfléchit de nouveau. Je pensais à ce qu'il me disait le matin, et lui aussi, sans doute.

—Mais, dis-je, il me semble que pour vous...

—Non, au fond, je pense comme lui. »

Ce n'était nullement par orthodoxie. Il me sembla que malgré la préparation de la Révolution, la guerre civile et le pouvoir, il ne s'était jamais posé la question sous cette forme. Sans doute voulait-il dire qu'il croyait d'abord à une continuité entre les types humains, puis à une séparation de plus en plus tendue. Ce qui passa tout à coup sous ses paroles, et ce que je crus sentir de Lénine à travers lui, ce fut la volonté d'expérimenter, dès qu'il se trouvait dans un domaine que le marxisme ne réglait pas. En somme, chez lui, le désir de connaissance menait à l'acte. C'est ici, plus que dans les conversations politiques, que je sentis le plus vivement l'homme d'action.

La mer frappait toujours les rochers dans la nuit qui commençait.

—Voyez-vous, dit-il, l'important est : voir clair. Ce qu'on peut attendre du communisme, c'est d'abord plus de clarté. Il faut délivrer l'homme de tout ce qui l'empêche de voir. Le délivrer des faits économiques qui l'empêchent de se penser. Et des faits sexuels qui l'empêchent aussi. Là, je crois que la doctrine de Freud peut être bien utile.

—Je vois à la fois dans Freud un détective de génie, l'homme qui a ouvert un des plus grands domaines de la psychologie, et un philosophe désastreux.

Mais croyez-vous que lorsque l'humanité échappe à la mobilisation—religieuse, nationale ou sociale—qui lui permet d'agir au lieu de se penser, la présence de la mort retrouve nécessairement sa force ?

—Je crois que la mort est surtout un décalage d'usure. D'une part l'usure du corps, d'autre part celle de l'esprit. Si les deux se rejoignaient, ou se faisaient en même temps, la mort serait simple... Il n'y aurait pas de résistance... »

Il avait soixante ans, il était gravement malade. « Il n'y aurait pas de résistance... »

* * *

J'écris ceci au retour d'une salle populaire, où l'on projetait un documentaire sur les dernières fêtes de Moscou. A travers la Place Rouge, bras dressés sous des avirons ou des lances de walkyries des jeunes filles viriles passaient devant la tribune où tous les dirigeants de l'U.R.S.S. les regardaient, écrasés par de gigantesques portraits de Lénine et de Staline. La foule a applaudi comme le font les foules : moins pour marquer un enthousiasme qu'une approbation. Combien parmi elle, en ce jour où vous appartenez cette actualité dérisoire par quoi vous êtes le sujet de conversation du bien-pensant après avoir été le fantôme opiniâtre de sa peur, combien, ici, pensaient à vous ? A coup sûr, beaucoup. Avant le film, il y avait eu des discours, pour Thaelmann en particulier; l'orateur qui eût osé parler de vous, le premier moment d'inquiétude passé, eût écrasé bien vite, à la fois l'hostilité bourgeoise et les prudences orthodoxes : cette multitude qui vous tait, vous l'habitez comme un remords. Je la connais, je l'ai rencontrée à tous les meetings; j'entends encore sa sourde Internationale qui montait dans la nuit, le reflet parallèle des lumières électriques sur leurs casques... Ce sont les mêmes qui viennent inlassablement écouter les orateurs, qu'ils parlent au nom de Sacco et de Vanzetti, de Torgler ou de Thaelmann, parce qu'ils parlent au nom de prisonniers; les mêmes qui cachent leur générosité comme s'il suffisait d'être une brute pour être intelligent, et qui, venus trois cents pour écouter expliquer Marx, viennent trente mille pour apporter à Dimitroff le seul hommage dont ils disposent, celui d'une soirée de cinéma sacrifiée. Contre le gouvernement qui vous chasse, tous sont avec vous; vous êtes de ces proscrits dont on ne parvient pas à faire des émigrés.

Malgré tout ce qui sera dit, imprimé, crié, la Révolution russe est pour eux un bloc, et quelque chose, de l'héroïsme qui secoua le Palais d'Ivry s'en va, humilié, avec votre solitude.

* * *

Une fois de plus, le destin vous prend entre ses doigts sanglants. Quelques jours après le sursaut sans espoir des ouvriers autrichiens, un gouvernement français vous retire l'hospitalité qu'un autre vous avait donnée. Vous ne valez plus assez cher pour que soient tenus les engagements pris

avec vous : vous valez encore assez cher pour que, comme disent les indicateurs, on vous donne. Mais on pouvait vous expulser sans recours à la morale et à la vertu. Car c'est vous qui n'avez pas tenu vos engagements. Vous avez fondé la IV^e Internationale. Elle compte aujourd'hui dans le monde quelques centaines de membres, bien plus, dangereuse par là que la III^e, qui n'en compte que 200 millions, ou que la II^e,—sans compter que les bourgeois français feraient mieux, en ce moment, de laisser les Internationales pour craindre les Nationalismes. Vous écrivez dans la Vérité, ce que vous n'avez jamais cessé de faire. Vous avez trahi la France—vis-à-vis de qui vous n'avez aucun engagement—ce qui n'est pas le cas des grands-ducs de la Riviera. Et on vous a découvert (vous dont la villa ne peut pas ne pas avoir été gardée par la Sûreté) grâce au flair surprenant d'un policier lecteur de Simenon. Cet abus de grotesque pourrait être épargné : pour livrer les otages, il n'est pas nécessaire de cracher sur eux, encore que ce soit en effet l'usage. Un Anonyme, dans le Matin, s'explique en langage clair, quoique de cette particulière sordidité qui affecte le ton militaire : « Trotzky, nous l'avons eu. » Comme ce qu'il voulait « avoir », en vous, c'était le révolutionnaire russe, rappelons lui tout de même qu'il en reste cent soixante millions à « avoir ». Mais ce qu'il faut que nous disions, nous, à ces cent soixante millions-là, c'est que quelles que soient entre le gouvernement de l'U.R.S.S. et vous les divergences de doctrine, nous devons reconnaître un des nôtres en chaque révolutionnaire menacé; que ce qu'on chasse en vous au nom du nationalisme, au moment où il n'y a pas assez de respects pour les rois d'Espagne protecteurs des sous-marins allemands, c'est la Révolution. Il y aura cet été à Deauville de quoi refaire le parterre des rois de Voltaire; mais il y a, hélas ! dans les bastions et les hôtels misérables de quoi faire une armée de révolutionnaires vaincus. Je sais, Trotzky, que votre pensée n'attend que de la destinée implacable du monde son propre triomphe. Puisse votre ombre clandestine, qui depuis presque dix ans s'en va d'exil en exil, faire comprendre aux ouvriers de France et à tous ceux qu'anime cette obscure volonté de liberté rendue assez claire par les expulsions, que s'unir dans un camp de concentration est s'unir un peu tard ! Il y a trop de cercles communistes où être suspect de sympathie pour vous est aussi grave que de l'être pour le fascisme. Votre départ, les insultes des journaux montrent assez que la révolution est une. Que faudra-t-il encore pour que sachent combattre ensemble ceux qui vous regardent partir en silence, tandis que les guette avec un amer sourire une absurde fatalité qui sait—pas plus qu'eux-mêmes!—combien les mêleront les mêmes ennemis, au fond fraternel de la mort...

Genealogía del socialismo

POR

José Carlos Mariátegui

Con lenguaje bíblico el poeta Paul Valery expresaba así, en 1919, una línea genealógica: «Y éste fué Kant que engendró a Hegel, el cual engendró a Marx, el cual engendró a...» Aunque la revolución rusa estaba ya en acto, era todavía muy temprano para no contentarse prudentemente con estos puntos suspensivos al llegar a la descendencia de Marx. Pero en 1925, C. Achelin los reemplazó por el nombre de Lenin. Y es probable que el propio Paul Valery, no encontrase entonces demasiado atrevido ese modo de completar su pensamiento.

El materialismo histórico reconoce en su origen tres fuentes: la filosofía clásica alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés. Este es, precisamente, el concepto de Lenin. Conforme a él, Kant y Hegel anteceden y originan a Marx primero y a Lenin después, de la misma manera que el capitalismo antecede y origina al socialismo. A la atención que representan tan conspicuos de la filosofía idealista como los italianos Croce y Gentile han dedicado al fondo filosófico del pensamiento de Marx, no es ajena, ciertamente, esta filiación evidente del materialismo histórico. La trascendencia dialéctica de Kant preludia, en la historia del pensamiento moderno, la dialéctica marxista.

Pero esta filiación no importa ninguna servidumbre del marxismo a Hegel ni a su filosofía que, según la célebre frase, Marx puso de pie, contra el intento de su autor que la había parado de cabeza. Marx, en primer lugar, no se propuso nunca la elaboración de un sistema filosófico, sino de un método de interpretación histórica, destinado a servir de instrumento a la actuación de su idea política y revolucionaria. Su obra, en parte, es filosofía, porque este género de especulaciones no se reduce a los sistemas propiamente dicho, en los cuales, como advierte Benedetto Croce,—para quien es filosofía todo pensamiento que tenga carácter filosófico— no se encuentra a veces, sino su exterioridad. La concepción materialista de Marx nace dialécticamente como antítesis de la concepción idealista de Hegel. Y esta misma relación no aparece muy clara a críticos tan sagaces como Croce. «El lazo entre las dos concepciones—dice Croce—me parece, más que otra cosa, meramente psicológico, porque el hegelianismo era la precultura del joven Marx y es natural que cada una nuda los nuevos a los viejos pensamientos, como des-entramamiento, como corrección, como antítesis».

El empeño de quienes, como Henri de Man, condenan sumariamente al marxismo como un simple producto del pensamiento racional del siglo XIX, no puede ser, pues, más precipitado y caprichoso. El materialismo histórico no es, precisamente, el materialismo metafísico o filosófico, ni es una filosofía de la historia, dejada atrás por el progreso científico. Marx no tenía por qué crear más que un método de interpretación histórica de la sociedad actual. Refutando al profesor Stamler, Croce afirma que «el presupuesto del socialismo no es una filosofía de la historia, sino una concepción histórica determinada por las condiciones presentes de la sociedad y del modo como ésta ha llegado a ellas». La crítica marxista estudia concretamente

— 53 —

la sociedad capitalista. Mientras el capitalismo no haya transmontado definitivamente, el canon de Marx sigue siendo válido. El socialismo, o sea la lucha por transformar el orden social de capitalista en colectivista mantiene viva esa crítica, la continúa, la confirma, la corrige. Vana es toda tentativa de catalogarla como una simple teoría científica, mientras obre en la historia como evangelio y método de un movimiento de masas. Porque «el materialismo histórico—habla de nuevo Croce—surgió de la necesidad de darse cuenta de una determinada configuración social, no ya de un propósito de investigación de los factores de la vida histórica; y se formó en la cabeza de políticos y de revolucionarios, no ya de fríos y acompañados sabios de biblioteca».

Marx está vivo en la lucha que por la realización del socialismo libran, en el mundo, innumerables muchedumbres, animadas por su doctrina. La suerte de las teorías científicas o filosóficas, que él usó, superándolas y trascendiéndolas, como elementos de su trabajo teórico, no compromete en lo absoluto la validez y la vigencia de su idea. Esta es radicalmente extraña a la mudable fortuna de las ideas científicas o filosóficas que la acompañan o anteceden inmediatamente en el tiempo.

Henri de Man formula así su juicio: «El marxismo es un hijo del siglo XIX. Sus orígenes se remontan a la época en que el reinado del conocimiento intelectual que inauguraron el humanismo y la Reforma, alcanzaba su apogeo con el método racionalista. Este método tomó su santo y seña de las ciencias naturales exactas, a las cuales se debía el progreso de las técnicas de la producción y de la intercomunicación; y consiste en transportar el principio de la causalidad mecánica, que se manifiesta en la técnica a la interpretación de los hechos psíquicos. Ve en el pensamiento racional, que la psicología contemporánea no reconoce más que como una función ordenadora e inhibitoria de la psíquica, la regla de todo deseo humano y de todo desenvolvimiento social». Y, en seguida agrega que «Marx hizo una síntesis psicológica del pensamiento filosófico de su época» (conviniendo en que era, «singularmente en el propio orden sociológico, tan nueva y vigorosa, que no es lícito dudar de su genial originalidad»), y que «lo que se expresa en las doctrinas de Marx no son los movimientos de ideas, que no han surgido sino después de su muerte de las profundidades de la vida obrera y de la práctica social; es el materialismo causal de Darwin y el idealismo teleológico de Hegel».

No son muy diversas las inapelables sentencias pronunciadas, de una parte, por el futurismo y, de otra, por el tomismo contra el socialismo marxista. Marinetti junta en un solo haz, para fusilarlos más rápida e implacablemente, a Marx, Darwin, Spencer y Comte, sin cuidarse de las distancias que pueden mediar entre estos hombres en su concepto igualmente ochocentistas y, por tanto, ajusticiables. Y los neo-tomistas, partiendo del extremo opuesto,—de la reivindicación del medioevo contra la modernidad— descubren en el socialismo la conclusión lógica de la Reforma y de todas las herejías protestantes, liberales e individualistas. Así De Man no presenta siquiera el mérito de la originalidad en el esfuerzo, perfectamente reaccionario, de catalogar el marxismo entre los más específicos procesos mentales del «estúpido» siglo XIX.

No hace falta reivindicar a este siglo contra la artificiosa y superficial

diatriba de sus execradores para confutar al autor del «Más allá del Marxismo». Ni hace falta siquiera demostrar que Darwin, como Spencer y Comte, corresponde, en todo caso, de diversas maneras, al modo de pensar del capitalismo, igual que Hegel, de quien desciende,—con el mismo título aparente que el racionalismo revolucionario de Marx y Engels—el racionalismo conservador de los historiadores que aplicaron la fórmula «todo lo racional es real» a la justificación de los despotismos y de las plutocracias. Si Marx no pudo basar su plan político ni su concepción histórica en la biología de De Vries ni en la psicología de Freud, ni en la física de Einstein, ni más ni menos que Kant en su elaboración filosófica tuvo que contentarse con la física neotomiana y la ciencia de su tiempo, el marxismo,—o sus intelectuales,—en su curso posterior no ha cesado de asimilar lo más sustancial y activo de la especulación filosófica e histórica post-racionalista. Georges Sorel, tan influyente en la formación espiritual de Lenin, ilustró el movimiento revolucionario socialista,—con un talento que Henri de Man seguramente no ignora, aunque en su volumen omite toda cita del autor de «Reflexiones sobre la violencia»,—a la luz de la filosofía bergsoniana continuando a Marx que, cincuenta años antes, lo había ilustrado a la luz de la filosofía de Hegel, Fichte y Feuerbach. La literatura revolucionaria no abunda, como le gustaría a de Man, en eruditas divulgaciones de psicología, metafísica, estética, etc., porque tiene que atender a objetivos concretos de agitación y crítica. Pero fuera de la prensa oficial de partido, en revistas como «Clarté» y «La Lutte des Classes», de París, «Unter den Banner den Marxismus», de Berlín, etc., encontraría las expresiones de un pensamiento filosófico bastante más serio que el de su tentativa revisionista.

Vitalismo, activismo, pragmatismo, relativismo, ninguna de estas corrientes filosóficas, en lo que podían aportar a la revolución, han quedado al margen del movimiento intelectual marxista, Williams James no es ajeno a la teoría de los mitos sociales de Sorel, tan señaladamente influenciada, de otra parte de Wilfredo Pareto. Y la revolución rusa en Lenin, Trotzky y otros, ha producido un tipo de hombre pensante y operante, que debía dar algo que pensar a ciertos filosofistas baratos, llenos de todos los prejuicios y supersticiones racionalistas de que se imaginan purgados e impunes.

Marx inició este tipo de hombre de acción y de pensamiento. Pero en los líderes de la revolución rusa aparece, con rasgos más definidos, el ideólogo realizador. Lenin, Trotzky, Bujarín, Lunatcharsky, filósofos en la teoría y la praxis. Lenin deja al lado de sus trabajos de estrategia de la lucha de clases, su «Materialismo y empirio-críticismo». Trotzky, en medio del trajín de la guerra civil y de la discusión de partido, se da tiempo para sus meditaciones sobre «Literatura y Revolución». ¿Y en Rosa Luxemburgo, acaso no se unimisman a toda hora la combatiente y la artista? ¿Quién entre los profesores, que Henri de Man admira, vive con más plenitud e intensidad de idea y creación? Vendrá un tiempo en que, a despecho de los engreídos catedráticos que acaparan hoy la representación oficial de la cultura, la asombrosa mujer que escribió desde la prisión esas maravillosas cartas a Luisa Kautsky, despertará la misma devoción y encontrará el mismo reconocimiento que una Teresa de Avila. Espíritu más filosófico y moderno que toda la caterva pedante que la ignora,—activo y contemplativo, al mismo

tiempo,—puso en el poema trágico de su existencia el heroísmo, la belleza, la agonía y el gozo, que no enseña ninguna escuela de la sabiduría.

En vez de procesar al marxismo por retraso e indiferencia respecto a la filosofía contemporánea, sería el caso más bien, de procesar a ésta por deliberada y miedosa incompreensión de la lucha de clases y del socialismo. Ya un filósofo liberal como Benedetto Croce,—verdadero filósofo y verdadero liberal,—ha abierto este proceso, en términos de inadaptable justicia (1) antes de que otro filósofo, idealista y liberal también, y continuador y exégeta del pensamiento hegeliano, Giovanni Gentile, aceptase un puesto en las brigadas del fascismo, en promiscua sociedad con los más dogmáticos neotomistas y los más incandescentes anti-intelectuales (Marinetti y su patrulla).

La bancarrota del positivismo y el cientificismo como filosofía, no compromete absolutamente la posición del marxismo. La teoría y la política de Marx se cimentan invariablemente en la ciencia, no en el cientificismo. Y en la ciencia, quieren reposar hoy, como lo observa Benda, todos los programas políticos sin excluir a los más reaccionarios y anti-históricos, Brunetière, que proclama la quiebra de la ciencia, ¿no se complacía, acaso en maridar catolicismo y positivismo? ¿Y Maurras no se reclama igualmente del pensamiento científico? La religión del porvenir, como piensa Waldo Frank descansará en la ciencia, si alguna creencia ha de ascender a la categoría de verdadera religión.

CeDInCI Algunos recuerdos

POR

Marcel Martinet

A fines de 1914 nos reuníamos una vez por semana cuatro pelados y tres con jopo, en el malecón Jemmapes en la trastienda de la Vie Ouvriere. Eramos de aquella gente singular en todas las naciones que seguían creyendo justo y verdadero después de la declaración de la guerra, lo que creían justo y verdadero a la víspera. Frente al nuevo socialismo, al nuevo sindicalismo, al nuevo anarquismo de unión sagrada, nosotros persistíamos en pensar que esta guerra de las naciones era una guerra imperialista, en la que el proletariado internacional era el primer vencido, pues no le traería más que ruinas, miseria y vergüenza a la clase obrera de todos los países y a toda la humanidad. ¿Nos habíamos equivocado?

Fué alrededor de Pierre Monatte que nos reuníamos todos. La carta por la cual Monatte había renunciado al comité confederal de la C. G. T. marcó el despertar del movimiento obrero francés. Se trata de una gran página de la historia social, hoy desconocida, olvidada o desfigurada, que será necesario escribir alguna vez. Monatte no sólo ha salvado el honor del proletariado revolucionario, hizo más que nadie en Francia por reabrir el camino de su verdad y de su liberación. No éramos muchos a su alrededor en las

primeras semanas de la guerra: Rosmer, Merrheim, Hasfeld, Tourett, devoto y fiel hasta el fin, Brissone, secretario del sindicato del calzado, una de las más bellas figuras que he conocido en el movimiento, un militante de la línea de Varlin y que murió en su puesto; algunos más. Nos dirigíamos después de la comida a la sala del primer piso de la vieja trastienda a la que se llegaba por una escalera enmohecida; nos instalábamos de cualquier modo en los bancos de madera o sobre los periódicos apilados que hacían de sillas. Raymond Lefebvre se ha sentado allí y también Guilbeaux.

Así, cada jueves, más solitarios en una Francia que parecía engañada y delirante en su totalidad, que los primeros cristianos en las catacumbas romanas, nosotros complotábamos. Es decir, intercambiando y discutiendo las pocas informaciones que sobre la guerra, el estado de la opinión en el país y la Internacional, podían parecer auténticas, después de filtrarse a través de la usina oficial de mentiras. Nos repartíamos así más amarguras que razones de esperanza, sin desconfiar, empero, de la clase trabajadora.

Pronto se nos juntaron regularmente cuatro rusos. Como los miembros de los congresos socialistas internacionales no nos eran muy familiares, pocos conocían a estos camaradas ni siquiera de nombre. El que nos era menos desconocido era a no dudarlo, el de más edad, un hombre de rasgos profundos, de barba ya grisácea, mirada penetrante y voz un poco ronca, que caminaba arrastrando las piernas en recuerdo de los grillos que había soportado largamente en Siberia. Era Martov. Pero nosotros sabíamos que los cuatro eran internacionalistas irreductibles y que colaboraban, sin distinción de tendencias, en un pequeño diario que sacaban en París a costa de privaciones y sacrificios sin límite los emigrados rusos fieles al internacionalismo obrero. Este cotidiano que se llamaba GOLOS («La Voz») no dejaba, se entiende, de irritar e inquietar vivamente a todos los renegados del socialismo y la censura franco-rusa le consagraba sus cuidados más vigilantes. Hay que creer por tanto que la fe, el coraje y la inteligencia pueden más, aún en las épocas peores y en la extrema miseria: GOLOS aparecía y era leído apasionadamente en la colonia rusa y cuando al fin fué suspendido, siguió saliendo con la misma redacción y el mismo programa bajo el título de NACHE SLOVO («Nuestra Palabra»).

Cualquiera que fuese entonces nuestra impotencia, se imaginará fácilmente qué consuelo significaban estas reuniones para cada uno de nosotros entre las falacias de un tiempo rodeado del hálito de la muerte, en el que no se respiraba por doquier más que la abyecta necedad, la mentira venal y la traición. La sola presencia de los rusos multiplicaba este consuelo, pues los cuatro hablaban francés y nos ayudaban con algo más que su presencia: teníamos mucho que aprender de estos hombres que poseían un conocimiento amplio y preciso del movimiento internacional, una experiencia larga y bien pagada, al mismo tiempo que una rica ciencia teórica de la revolución.

Pero delante de uno de ellos sobre todo, nosotros comprendimos desde el principio que estábamos en presencia de una grandeza intelectual y humana excepcional.

Era un hombre de muy alta talla, esbelto, muy derecho y un poco tieso en el que todos los rasgos acusaban una inteligencia y una energía magnéticas a las que se unía cierto aire de gran juventud que provenía tal vez,

en parte, al menos, de esta misma irradiación de inteligencia y energía. La frente alta y orgullosa se prolongaba una melena espesa y ondulada peinada hacia atrás. El rostro por entero grave, atento y calmo en reposo, adquiría en la discusión una animación extraordinaria. Los ojos chispeaban entonces detrás de los lentes con un resplandor que no ví sino en ellos. Y la boca de labios finos, ardientes, burlones, mefistofélicos a ratos entre el mostacho y la barbicha, completaban la impresión de pasión atrayente y de fuerza a la que nadie podía permanecer insensible.

Estas imágenes las he formado más tarde. En nuestras reuniones del malecón Jemmapes no pensábamos en averiguar cómo estábamos hechos unos y otros, si no en seguir el pensamiento de los que hablaban. Y cuando aquel hablaba había en sus palabras, en sus razonamientos y deducciones tal potencia espiritual, una información tan amplia y completa, un vigor dialéctico tan soberano, un convencimiento revolucionario tan total, imperioso y sereno que su conversación nos parecía una especie de batalla victoriosa librada delante de nosotros, una fiesta de liberación. Diría que era para nosotros un deslumbramiento, tal era su prestigio; pero la palabra resulta impropia y ofensiva: el hombre que hablaba no pensaba deslumbrar y no quería deslumbrar; lo que ansiaba con una simplicidad magnífica era sólo comunicarnos lo que sabía, contribuir a esclarecer a sus camaradas lo que era obscuro para ellos, razonar con exactitud y justeza. Pero desde la primera vez que le oí, al salir de nuestra reunión a la que asistían algunos compañeros de alto valor y dotes eminentes, se recuerda que yo dije:

—Había esta noche allí arriba un alguien que es un hombre de genio. Se llama León Trotsky.

Nuestros encuentros posteriores, y éstos duraron hasta el momento en que Trotsky, en Octubre de 1916, fué expulsado de Francia por un gobierno de unión sagrada al que estaba encadenado Jules Guesde, acentuaron en mí esta opinión. De modo que no necesitaba de brujería después de la revolución de Febrero, para escribir en la Ecole de la Federation, el valiente semanario por la cual la Federación de la Enseñanza había reemplazado la Ecole Emancipée, que el kerenskismo no se prolongaría por mucho tiempo, que pronto se oíría hablar de un tal Trotsky al mismo tiempo que de un tal Lenin, y que entonces las cosas cambiarían ligeramente. Nosotros habíamos llegado a ser un poco menos ignorantes de la realidad internacional que los gobiernos y sus soplones. Fué así que un polizone aficionado, curioso maníaco que ejercía su vicio bajo el seudónimo de Jean Maxe, denunció esta modesta predicción como una profecía reveladora y como la prueba del complot urdido en el mundo por los revolucionarios de todos los países. En lo que a profecía y complot se refiere yo no me había atendido más que a mi recuerdo del conocimiento de la personalidad magistral de Trotsky, de una superioridad evidente para cualquiera de los que se le habían aproximado.

Evidente para todos, ostensible, esta superioridad no era del agrado de todos. A nuestras primeras reuniones de la Vie Ouvrière asistía un personaje que bajo el nombre de Rudin, había sido uno de los buenos colaboradores de la revista así como de la Bataille Syndicaliste, y que acabó por entregar al dios del Comité des Forges y otras empresas, bajo su verdadero nombre de Max Hoshiller, un alma que no ha embellecido en veinte años. ¿Por qué frecuentaba nuestro grupo de réprobos? Aunque mezclado ya a tur-

bias combinaciones, no parecía sin embargo concurrir entonces en calidad de espía; no era incapaz de apegos personales y sin duda Rudín, en lo que tenía de desinteresado y valiente, luchaba aun por sobrevivirse antes de sacrificar a Hoshiller todo lo que tenía de generoso y limpio en la duplicidad de su alma. Sea lo que sea, seguía viniendo en los primeros tiempos al malecón Jemmapes donde yo lo encontraba, extrañamente atraído, obsesionado y repelido por Trotsky, discutiendo con obstinación, con aspereza, y callando de pronto. Sabía muchas cosas y, ruso de origen, además, podía discutir con nuestros camaradas en su idioma y seguir así todos los matices de su pensamiento. Solamente Trotsky sabía muchas cosas más que Rudín y las sabía mejor; y, por otra parte, no había en él un átomo de traición y sin duda olfateaba la sombra sospechosa que se cernía ya sobre su contradictor. Este último ¿sentía alrededor de él esta sospecha oscura? Lo cierto es que no se hallaba a gusto y sufría. Sufría, sobre todo, porque en la discusión era regularmente derrotado, y derrotado por los hechos y por la secuencia rigurosa del pensamiento, no por las palabras. No quiero exagerar en lo más mínimo y Rudín tenía para dar la espalda a su pasado, muchos otros motivos que irritaban en él su vanidad herida. Pero ¿quién sabe? Me acuerdo de su fisonomía crispada y rabiosa ante una superioridad que él debía reconocer y que lo exasperaba. Fué por consiguiente uno de los más pérfidos y más peligrosos enemigos de la U.R.S.S. en el gran período de Trotsky; sin duda, no estaba movido sólo por el interés, se vengaba así sordamente de los fantasmas de su pasado y de este gigante que le había hecho sentir cruelmente su mediocridad.

En verdad, Trotsky es un hombre que ofende fácilmente; sin querer, estoy seguro. Pero aún así, sin saberlo, esta suerte de inocencia, no deja de ser peligrosa en la jungla humana. Y esto explica a no caber duda en parte el desarrollo de su destino.

Hiere un poco por travesura; en otro no sería más que un juego; en él, a menos que la víctima tome la cosa con igual alegría e inocencia, y así no haría más que igualársele, constituye una ofensa—porque delante de él no se olvida su superioridad. Podía herir también por distracción, recordando las estocadas, estas sí voluntarias, y de una ironía feroz, con que el polemista desgarraba a quienes juzgaba como obstáculos de la causa que servía; tal víctima de una frase lanzada ligeramente se consideraba ofendida y ultrajada. Aun aquí era quizá, porque careciendo de maldad y bajeza este gran imaginativo de la política no imagina exactamente la mezquindad de los hombres que calculan tan avaramente los homenajes a que se creen con derecho y lo que esperan y temen de él; es quizá, por esto, en el fondo, que ha levantado con tra sí tan agrios rencores, que han hallado en el curso de los acontecimientos ocasiones tan crapulosas de manifestarse.

Todo esto que honra el carácter de Trotsky; pero que lo ha hecho incurrir en injustos e inútiles errores proviene con mucho, a mi juicio, del hecho que tan buen descubridor como es, intuitivo y sabio, en el universo de las ideas, no lo es en igual grado, ni de instinto tan seguro, en el mundo de los hombres: evita es cierto sus mezquindades; pero éstos se vengan; y él mismo termina por extraviarse a veces.

Pero esta opinión, así expresada, me doy cuenta que es demasiado sumaria. Es con respecto a su maestría en el dominio de las ideas que Trotsky

se halla menos a sus anchas en sus relaciones con los hombres; pero comparado con los demás hombres y con los hombres políticos en particular, uno desearía que tuviesen tanta humanidad como él, a través de un ejemplo que citaré tomado entre muchos.

He aquí una pequeña historia, una historia en dos capítulos, que puede ilustrar lo que acabo de decir.

De nuestros rusos, tres venían habitualmente juntos: Martov, Trotsky y Wolsky que se llamaba todavía Lapinsky. Como en los Tres Mosqueteros, el cuarto llegaba generalmente aparte. Este cuarto, a quien llamábamos Dridzo, era el Lozovsky de la Internacional Sindical. Era entonces un menchevique, buen internacionalista; pero socialmente muy moderado, colaborador de la VIDA NUEVA de Gorki. No era un hombre de primer plano y tampoco ha llegado a serlo. Nos ha dado, sin embargo, a algunos camaradas que lo conocimos en aquel tiempo, una gran lección acerca de lo que la potencia de la revolución puede hacer de un hombre y sobre los límites a que tiene que contraerse finalmente. En 1922 vino de incógnito a Francia y tuvimos con él una larga conversación. Cuando nos hubo dejado, uno de nosotros expuso nuestra opinión común: lo habíamos encontrado engrandecido en cien codos, a tal punto su pensamiento se había vuelto más rico, más profundo, más firme. Y es que la Revolución rusa era grande en aquel momento y podía engrandecer de igual modo a los hombres que la servían. Después, ... Después, Losovsky ha vuelto a ser el mismo Dridzo que nosotros habíamos conocido. Pero retorno a mi historia.

Era en el tiempo en que el Metro y los vehículos de la superficie se detentan al caer la noche. Al salir de nuestras reuniones del malecón Jemmapes debíamos pues volvernos a pie, cada uno por su lado. Una noche, al meter la nariz afuera en el momento de la separación, nos dimos cuenta de que llovía y que mi Dridzo rezongaba como podía haberlo hecho cualquiera de nosotros: ¡«Diablo, y yo que no traigo paraguas!» La observación no era muy sensacional ni reprehensible y la respuesta que le dió Trotsky no tenía la apariencia de una censura ni de un llamado a la prudencia, sino de una salida humorística y picante, al decirle con una solemnidad que sólo quería ser cómica: «Camarada Dridzo, cuando se teme salir a la lluvia sin paraguas no se hace la revolución».

Sin embargo, pude darme cuenta que Trotsky hubiera hecho mejor en guardarse su chiste. Por azar, miré a Dridzo en aquel momento. No dijo nada; pero yo ví su rostro, de ordinario sin mucha expresión, endurecerse y tomar un aspecto casi odioso, de modo tan llamativo que me hizo guardar el recuerdo de este incidente que no tiene es claro ninguna importancia histórica y al que estoy seguro Trotsky no ha prestado ninguna atención.

Pero algunos meses más tarde, nos encontramos cinco o seis, entre ellos Dridzo, en la pequeña secretaría de Merrheim. Trotsky se hallaba en los Estados Unidos. Era el momento en que Lenín con algunos otros revolucionarios rusos acababa de arribar a Rusia a través de Alemania, en el famoso vagón sellado. Se recordará que este trayecto se había hecho necesario por la oposición de la Entente al regreso de los revolucionarios rusos por otra vía y que Lenín tuvo la precaución de justificar el viaje por medio de un protocolo que fijaba las causas y que fué firmado por camaradas de distintos países. Nuestro amigo Lorlot era uno de los signatarios y el que había pro-

vocado la reunión donde Merrheim para hablar del suceso y de la situación a que daría lugar.

En cierto momento, como la conversación se hizo más general, oí gritar de pronto a Dridzo: «¡Y Trotsky que por su parte piensa que se puede hacer una revolución socialista en Rusia!» Yo me sobresalté, no sólo porque me sorprendió escuchar en aquel lugar y en aquellas circunstancias una declaración llena de una ortodoxia menchevique tan perezosamente oportunista, sino también porque el tono violento con que fué formulada era asaz extraño. Mire a Dridzo y fuí de tal modo embargado por el reencuentro de la misma expresión rencorosa que había observado en su cara la noche de la inocente zumba de Trotsky que no pude menos que pensar: «¡Toma, el paraguas!» Me divertí por lo demás con el recuerdo cuidándome de no dramatizarlo: después de todo, no somos más que hombres. Pero cuando veo hoy al mismo Dridzo anatémizar al mismo Trotsky en nombre de la ortodoxia bolchevique, se me ocurre pensar que la vida es una farsa en exceso cambiante.

He aquí, sin embargo, un recuerdo de otra clase, indirecto esta vez y anterior en algunos años. Se trata de un cuento, de un cuento firmado por León Trotsky, y que yo he publicado en la página literaria de L'Humanité en Enero de 1922. Trotsky había escrito La familia Declerc en Sevre, en los primeros tiempos de su estada en Francia, y este relato muy simple ha sido encontrado hojeando viejos papeles, en un periódico ruso donde fué publicado entonces. Es la historia de una familia de pequeñas gentes, como dice Cachin, de una familia que Trotsky había conocido y no es solamente una curiosidad literaria, sino un documento sobre la época y también sobre la «humanidad» de Trotsky y sobre la manera como este político de quien acabo de decir que se siente quizá menos a sus anchas en sus relaciones con los hombres que en el mundo de las ideas, es capaz de sentir y expresar el dolor de los hombres y las mujeres del proletariado molidos por la guerra imperialista. Mejor que muchas de sus grandes obras, estas pocas páginas ayudan a penetrar en el corazón del hombre que está hoy proscrito del mundo entero.

La revolución desde el punto de vista obrero

POR

Andrés Nin

La revolución decía el gran escritor socialista ruso Chernichevski—no es como la acera de la perspectiva Nevski. En efecto, para lograr su emancipación, el proletariado ha de recorrer un camino lleno de obstáculos y sembrado de abrojos, y la victoria no puede conseguirla más que a costa de sacrificios indecibles, de luchas encarnizadas y cruentas, de una compleja experiencia formada de errores y aciertos, de triunfos y derrotas. Estudiar esta experiencia, deducir de ella las lecciones susceptibles de acelerar

y asegurar la victoria y los errores susceptibles de entorpecerla, constituye el deber primordial de todo militante consciente.

La experiencia de las revoluciones burguesas de los siglos VXVIII y XIX y de «La Commune» de París en 1871 fué ampliamente utilizada por los fundadores del socialismo científico Marx y Engels para la elaboración de su genial estrategia revolucionaria. Pero ninguna de estas experiencias tiene un alcance tan vasto, tan profundo y tan aleccionador como el que está realizando con magnífico heroísmo, desde el año 1917, la clase obrera del que fué imperio de los zares.

Frente a esta inmensa experiencia se pueden adoptar tres posiciones fundamentales: 1.ª Condenarla en bloque; 2.ª Elogiarla incondicionalmente, cerrando los ojos a todos los errores y deficiencias y calificando de contrarrevolucionaria toda tentativa de crítica o manteniendo una actitud de neutralidad ante las divergencias interiores surgidas alrededor de los problemas de la revolución; y 3.ª Afirmar la inmensa importancia histórica de la revolución de Octubre y defender a ésta contra sus enemigos y contra los errores susceptibles de ponerla en peligro y de ser utilizados en beneficio del proletariado internacional para su lucha emancipadora.

Descartamos la primera posición, que es la de nuestros enemigos de clase y de ciertos elementos del movimiento obrero que al adoptarla, hacen inconscientemente el juego a la burguesía.

La segunda posición, sostenida por amigos sinceros de la Unión Soviética, se halla en el fondo, en contradicción tan patente con los intereses de la República soviética en particular y del movimiento obrero revolucionario en general como la primera.

El proletariado ruso ha instaurado por primera vez en la historia—«La Commune», a pesar de su trascendencia, no fué más que un acontecimiento episódico—un Estado obrero, que ha expropiado a la burguesía y que ha emprendido audazmente las realizaciones socialistas. Para esta obra de edificación de una sociedad nueva basada en la socialización de los medios de producción y de cambio, la clase obrera rusa no ha podido utilizar ninguna experiencia anterior. Era éste un terreno virgen, y la nueva clase dirigente ha podido valerse exclusivamente de su esfuerzo y de su iniciativa. Añádase a ésto que la revolución rusa ha tenido y tiene que luchar con dificultades inmensas, como consecuencia de la hostilidad del mundo capitalista que la rodea, de su carácter de hecho aislado, del atraso económico del país, de la contradicción entre ciudad y el campo, de la coexistencia de formas económicas variadas (Lenín enumeraba hasta seis), de la dependencia de la economía mundial, etc. etc. En esas condiciones, los tanteos, los fracasos y los errores son inevitables.

El deber del militante revolucionario consiste en estudiar a fondo los motivos que hayan determinado estos errores a fin de ayudar al proletariado ruso a corregirlos y de evitar su repetición, en circunstancias análogas, en los demás países. Cerrar los ojos ante los defectos y los errores de la revolución rusa so pretexto de no dar armas al enemigo es lo mismo que si nos abstuviéramos de criticar las deficiencias de nuestras organizaciones sindicales y políticas para no hacer el juego a la burguesía. Si los intereses del proletariado de todos los países dictan la necesidad de una crítica acerba de los errores que debilitan la fuerza combativa y las posiciones de la clase

explotada, esos mismos intereses exigen con mucho mayor motivo que todo error o desviación susceptibles de debilitar a la primera república obrera sean enérgicamente combatidos. La complicidad en el error, el silencio neutral ante el mismo es más peligroso para la república soviética que la acción de la burguesía interior o la intervención exterior.

La revolución rusa no es más que la primera etapa de la revolución mundial, un aspecto de la misma. El gran alzamiento de Octubre de 1917 no fué un fenómeno específicamente ruso, sino una de las manifestaciones de la lucha sostenida por el proletariado de todos los países contra el imperalismo mundial. Por una serie de circunstancias la victoria hasta ahora no ha sido lograda más que en un sector—el que pudo ofrecer menos resistencia en el momento del ataque—pero el destino de la revolución rusa está íntimamente ligado al de la revolución mundial, y los intereses del proletariado ruso son los del proletariado internacional. Inhibirse, mantenerse neutral ante los problemas de la revolución más profunda que registra la historia, renunciar al aprovechamiento de sus lecciones, considerar como «cuestiones interiores» rusas las divergencias reinantes en el partido comunista de la U.R.S.S.—instrumento de la dictadura proletaria—es adoptar una actitud reaccionaria, que se desentiende de los intereses fundamentales del proletariado internacional.

La clase obrera tiene no sólo el derecho, sino el deber ineludible de conocer la verdad sobre la U.R.S.S., de enriquecer su arsenal revolucionario con el inmenso caudal que la experiencia soviética le proporciona, de ayudar al proletariado ruso a vencer sus dificultades y robustecer su dictadura, de contribuir, no con el elogio servil y bajo, a la obra de los que temporalmente tienen en sus manos los destinos de la gran república obrera, sino con el estudio sereno y objetivo de los errores cometidos, la crítica implacable de las desviaciones, de los defectos. Parafraseando un aforismo de Spinoza, que Trotsky gusta de repetir, diremos que ante los problemas de la revolución rusa el proletariado internacional no debe reír ni llorar, sino comprender.

Quédese el ditirambo para los retóricos vacuos de las sociedades «Amigos de Rusia» que abandonarán indefectiblemente al proletariado soviético cuando su defensa exija algo más que los artículos apolegéticos; que recurran al anatema los representantes de la burguesía que, con su certero instinto de clase, ven en la república soviética una amenaza constante para su dominación o los que, cegados por un estrecho sectarismo no ven la inmensa significación del hecho ruso. Al proletariado consciente ni el ditirambo ni el anatema pueden ayudarle a realizar el esfuerzo de comprensión que le es necesario para orientarse en la complicada madeja de la revolución rusa.



Concurso de himno de la Universidad de Concepción

La Universidad de Concepción ha llamado a concurso para la letra de un himno

El concurso se cerrará el 31 de Marzo de 1938. Se recomienda tener presente que se trata de un himno que ha de ser cantado principalmente por estudiantes. Se recomienda también considerar el alma actual del Instituto y mirar hacia el porvenir. Se otorgará un premio de \$ 3.000 al himno premiado. El jurado, que estará compuesto por Directores y Profesores de la Universidad y por el Presidente de la Federación de Estudiantes, se reserva el derecho de declarar desierto el concurso. El himno debe venir firmado por seudónimo y en sobre aparte el nombre al cual éste corresponda. El himno debe enviarse en 5 ejemplares a la Secretaría General de la Universidad de Concepción (Cas. 20-C).

Tres timbres de orgullo de la Editorial Ercilla:

1

Ninguna otra editorial ha hecho más que ella por la difusión de la cultura.—Sin descuidar las ediciones elegantes y de lujo, Ercilla ha dado preferencia a los libros baratos, convencida de que la editorial moderna debe llevar la cultura a todas las capas sociales. Algunas de sus ediciones populares son las más económicas que se han hecho jamás en castellano. Ejemplos: *Marta Antonieta*, de Zweig, \$ 2.00; *El Libro de San Michele*, de Munthe, \$ 2.00; *Diccionario castellano*, \$ 4.00; *Psicopatología de la vida cotidiana*, de Freud, \$ 3.00, etc., etc.

2

Es la verdadera creadora de la literatura sudamericana.—Antes de fundarse Ercilla, la producción americana crecía dispersa y desordenada, y salvo en contadísimas excepciones rebalsaba las fronteras de su país de origen. Ahora Ercilla la ha unificado, la divulga por todo el continente y la presenta ante el mundo como un cuerpo orgánico. Ha editado ya libros de cerca de 100 autores sudamericanos, según puede Ud. comprobarlo consultando el catálogo.

3

Los mejores libros chilenos de los últimos años llevan su sello.—Los principales premios literarios han correspondido a libros de Ercilla: Premio Roma, para *Imaginerio de la Infancia*, de Lautaro García; Premio Municipal, para *On Panta*, de Mariano Latorre, y *Espejo de Ensueño*, de Julio Barrenechea; Premio Atenea, para *La viuda del conventillo*, de Alberto Romero; Premio Club Hípico, para *Soy Colorina*, de Marcela Paz, y *Amor, Cara y Cruz*, de Augusto D'Halmar.

EDITORIAL ERCILLA

AGUSTINAS 163 - CASILLA 8 - TELEFONO 62288
SANTIAGO DE CHILE

CeDInCI

CeDInCl